

Erri De Luca

Las reglas del Mikado

Índice

Sinopsis

Ella es una joven gitana que huye de su familia para escapar de un matrimonio concertado; él, un relojero que acampa en la frontera y la acoge en su tienda. El encuentro inaugura un entendimiento hecho de diálogos nocturnos, un intercambio de saberes y visiones: ella, que cree en el destino, en las señales, en el dios de las cosas; él, que se siente un engranaje de la máquina del mundo y que interpreta ese mundo según las reglas del juego del Mikado, como si jugar fuera una forma de poner orden en el caos. Un entendimiento que durará toda una vida, incluso en la distancia, y que tendrá consecuencias que reverberarán a lo largo del tiempo: ambos tomarán decisiones inevitables que cambiarán el destino del otro.

Las reglas del Mikado

Erri De Luca

Traducción del italiano por Carlos Gumpert



Preámbulo

Lo escribo como lector: al principio de un libro me gusta saber de inmediato con quién voy a vérmelas. No me gusta eso de tener que descubrir quiénes son los personajes al cabo de varias páginas, como si el libro hubiera empezado antes y yo hubiese llegado tarde, perdiéndome los antecedentes.

De modo que presento a las dos personas que dan curso al diálogo al comienzo de esta historia.

Él es un anciano campista solitario. Pasa largas temporadas en la montaña, incluso en invierno. Ella es una joven gitana que ha huido de su campamento y de su familia. En Italia se los llama *cíngaros*; en Irlanda, *travellers*, viajeros, una definición apropiada.

Sus nombres no cuentan demasiado, para mí. Los nombres no añaden nada a las personas. Si acaso quitan: si llamo Federico al personaje, habrá algún lector que lo asocie involuntariamente con una persona que tiene ese mismo nombre. Un emparejamiento así no suma, quita.

Nadie se parece a nadie, ni siquiera los gemelos homocigóticos.

No falta quien busque la imitación imposible de uno de sus modelos, afán que me resulta incomprensible. Prefiero pasar por alto la cuestión de si esta historia se ha sacado de una noticia de sucesos o se ha inspirado en ella.

Tiene lugar en tiempos recientes, si es que el 1900 lo es todavía.

Las reglas del Mikado

—¿Quién eres?

—Tengo frío, déjame quedarme dentro de la tienda.

—¿Quién eres?

—¿Y a ti qué más te da? Soy una que se está muriendo de frío. He visto la tienda y he entrado.

—¿Qué hora es?

Las dos, caramba, ¿qué diablos hace alguien por el bosque a estas horas? Solo tengo un saco de dormir, lo abro y nos tapamos, la colchoneta es ancha.

Enciendo la linterna frontal.

—No. No la enciendas, me da vergüenza que se me vea. Date prisa, ¿no oyes cómo me castañetean los dientes por el frío?

—Ya está, tápate. Eh, no, no me pongas los pies encima.

—Tengo que calentarme, estoy temblando.

—Ponte esta chaqueta, hay guantes en el bolsillo lateral de la tienda, a tu lado.

También puedes encontrar un termo con té.

Los pies encima, no.

*

—¿Te sientes mejor? Debes de estar metida en un buen lío para ir por ahí arriesgándote a morir congelada. ¿Y si no encontrabas la tienda?

No contestas. Entiendo. Me dejo de preguntas. A ver si puedes dormir. Buenas noches.

—¿Por qué está solo en una tienda de campaña en invierno un viejo como tú? ¿Es que tampoco tienes casa?

—Ya te has calentado un poco. Claro que tengo una casa. Vengo a pasar unos días aquí por mi cuenta, conozco la zona.

—¿Y a qué dedicas tanto tiempo? ¿A pensar en la muerte?

—En eso piensan los jóvenes. Los viejos ya han pensado.

Paso el tiempo jugando. Conozco varios juegos.

¿No has oído eso de que los viejos se parecen a los niños?

—Los niños no duermen por las noches en medio de las montañas.

—¿Qué hace una mujer deambulando en invierno en medio de las montañas?

—¿Qué mujer? Tengo quince años.

—Por tu voz no se diría.

—Mi voz me sirve para desanimar a los hombres.

—Ya están desanimados, es la generación masculina más desanimada de la historia de la humanidad.

—¿Qué sabrás tú de los hombres? Soy yo la que sabe bien de qué especie son, sois.

—Por ahora soy de la especie que te acoge.

—¿No tienes miedo de darme la espalda?

—Antes te he preguntado quién eres. Era para oír tu voz, no para saber.

No importa quién seas. Si eres la muerte, ponte cómoda, muerte medio muerta de frío.

—Soy del pueblo sinti, en italiano se dice *gitana*, mejor que *cíngara*. Huyo de mi familia a causa de un matrimonio arreglado con un viejo de cincuenta años.

—¿A qué edad empieza la gente a ser vieja en tu pueblo?

—A los treinta.

—Entonces hace más de treinta años que ya soy viejo.

—Mi abuelo murió menos viejo que tú.

—Lo siento por él.

—Me escapé hace dos noches, después de la fiesta de compromiso.

He deshonrado a mi padre con mi fuga. No puedo volver.

—¿Dónde están tus padres?

—Al otro lado de la frontera, en Eslovenia.

—¿Cruzaste las montañas invernales para morir?

—Conozco las zonas de paso. Mi familia se dedica al contrabando.

—¿Te están buscando?

—Para ellos estoy muerta.

Pero mi padre vendrá a buscarme para demostrarle a su familia que no dejará que me salga con la mía.

Entre nosotros no es posible esa historia de vuestra religión, la del regreso de vuestro hijo desenfrenado.

—¿El hijo pródigo?

—Mi abuelo decía *desenfrenado*.

—Es una palabra que no se usa, se refiere a uno que se quita del cuello el cabestro que lo refrena, la soga del ahorcado.

Tengo sueño. Ahora voy a dormir.

—¿Sigues despierta? Está nevando.

—Mejor, así se ocultan las huellas.

—Entonces, ¿te están buscando?

—Me gusta cuando nieva. No vienen a levantarnos el campamento.

—Podrías haber huido a cualquier otro sitio, ¿por qué Italia?

—No puedes huir por donde tú quieres, hay pocas opciones. Se ve que no sabes cómo se huye. Nosotros estamos acostumbrados. Nuestros campamentos se vacían en una hora y ya no los encuentras. Sabemos escondernos, saltarnos las fronteras. Solo el mar nos detiene.

—¿Por qué Italia?

—Aquí la gente se ocupa de sus propios asuntos. Pueden tirarte piedras, pero no se chivan a la policía.

—Hablas bien italiano.

—Hablo cinco idiomas. No sé leer.

—¿No os enseñan?

—Solo hace falta uno para leer y avisar a los demás.

—¿Y no tenéis ningún libro?

—Entre nosotros las historias se cuentan por la noche y cada vez se cambian un poco. Los libros no tienen voz.

La voz hace que las historias sucedan. Además, están las manos que las representan, los movimientos, los miedos, las risas.

—Las palabras que decimos pueden escribirse, mantenerse juntas. Dice un proverbio que las palabras vuelan y las escritas quedan.

—Eso no se da entre nosotros. Las palabras quedan después de ser dichas. Los intercambios, los negocios, las bodas se conciertan de viva voz.

*

—¿No tienes sueño?

—Estoy acostumbrada a dormir durante el día y a moverme por la noche.

—¿Cómo te las arreglarás para salir adelante?

—Con las limosnas no, lo aprendí cuando era pequeña, pero soy demasiado orgullosa.

—¿Entonces?

—Toco el acordeón, bailo, canto.

Sé amaestrar al oso.

Mi padre lo cría, lo llevamos con nosotros a las fiestas de los pueblos.

El oso es la única persona que lamento haber perdido.

—¿No hiberna?

—Los machos no, si tienen para comer.

Serás viejo, pero no es que sepas muchas cosas. ¿Qué sabes hacer?

—Mi profesión es la de relojero.

—Qué bonito. Me gusta el reloj. Mi padre tiene uno de oro, de su padre.

¿Se gana dinero con los relojes?

—A mí me ha ido bien.

—¿Quién te enseñó?

—Me metí de aprendiz a tu edad.

Cuando murió mi padre empecé a trabajar después del colegio. Mi madre conocía a un relojero que me acogió en su taller.

Enseguida me las apañé con los dedos.

Empecé reparando despertadores, los mecanismos más grandes, luego pasé a los relojes.

Me gustaba desmontar, limpiar.

Se atascan con el polvo que consigue entrar pese a todo. El polvo atasca los relojes porque quiere ser él quien mida el tiempo.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—No me hagas caso, existe una antigua lucha entre el polvo y los relojes, por quién mide mejor el tiempo.

Gana el polvo, que es más antiguo.

—¿Y vivías con la paga de aprendiz?

—Mi madre daba clases de ruso. Era rusa.

Conoció a mi padre, un oficial a bordo de un barco que hizo

escala en Odesa, en el mar Negro.

Se enamoraron.

Logró subirla a bordo envuelta en una alfombra.

—Seguro. Anda que es fácil jugársela a los rusos.

Tu padre pagó para poder llevársela.

—Eres una experta. Pagó y mi madre se quedó enrollada en la bodega hasta el Mediterráneo.

Huyó por amor, no por el comunismo.

En Nápoles enseñaba ruso a los comunistas que el partido mandaba a la Unión Soviética.

—Esta tienda es para dos, ¿de qué te sirve?

—Necesito espacio, puedo pasarme hasta un mes aquí.

—Con el acordeón puedes ganar algo, pero aquí en Italia no te dejan tener un oso.

—Sé amaestrar cuervos. Pero tienen instinto de libertad y al cabo de unos años tengo que soltarlos.

Hacen compañía, juegan, son personas inteligentes.

—Llamas *personas* a los animales.

—¿Tú no?

—No. Quizá porque no los conozco.

Me interesé por los relojes. Son organismos. Tienen más de doscientas piezas dentro.

—¿Doscientas en un espacio tan pequeño? ¿Cómo te las apañas para meter las manos?

Debe de ser bonito entender cómo funcionan.

Y debe de haber también un poco de magia.

—Hay más magia en entenderse con un oso y un cuervo.

—Hay magia en todo.

Encontrar la tienda en la oscuridad es magia.

También leer la palma de la mano.

—Es verdad, vosotros predecís el futuro en las líneas de la mano.

—No es una predicción. Aprendemos a leer como lo hacemos con el cielo por la noche.

Tú lees libros, yo leo las manos.

Está el monte de Júpiter, el monte de Venus, el de Mercurio, el de la Luna.

—¿Tantos relieves, dices? La palma extendida a mí me parece

plana.

A mi padre le leyó la mano una que le dijo que se mantuviera alejado del mar. No podía, era su trabajo.

—¿Murió en el mar?

—En un naufragio nocturno, su barco chocó contra otro en la niebla.

Con mano o sin mano, ¿qué cambia? Yo prefiero no saberlo.

Mira, esta noche está durando demasiado. Vamos a dormir y tal vez mañana por la mañana me despierte y descubra que te he soñado.

—No te hagas ilusiones.

Leeré tu mano mientras duermes.

Quiero saber quién eres.

—¿No basta con ser quien te ofrece hospitalidad?

—La hospitalidad es una obligación, no explica quién eres. Solo significa que no eres un bastardo.

—Duermo con los puños cerrados.

—Los abriré.

—Está bien, rebusca cuanto quieras, pero no quiero saber qué encuentras, ¿de acuerdo?

—No es necesario llegar a un acuerdo. Tienes que preguntarme para saber lo que está escrito.

—Buenas noches.

—Amanece. Pronto nos miraremos a la cara. Voy a hacer café.

—Tienes el sueño pesado, pero no roncas.

—Es bueno saberlo.

—No estás casado y no tienes hijos.

—Has echado un vistazo, ¿verdad?

—Tienes las líneas muy claras.

—¿Te ha bastado para saber quién soy?

—En la izquierda se lee el pasado, en la derecha, el futuro.

—Menos mal que el presente no forma parte de la lectura.

—Vivirás mucho tiempo.

—Ponte este jersey.

—No lo necesito, en la tienda hace calor.

¿Por qué no estás casado?

—¿No puedes leer por qué? La pregunta debería ser por qué se casa uno. Entonces saldría a relucir la historia de un encuentro.

Quien no se ha casado no tiene nada que contar.

—¿No has tenido ningún encuentro en toda tu vida? Tu línea del amor parece un corte hecho con un cuchillo.

—Es una cicatriz.

—¿Quieres engatusar a una gitana? Tienes marcado un amor sin nada a su alrededor.

—No deja de ser una cicatriz.

Me la hice cuando era niño en una sola semana, en verano.

Me enamoré sin posibilidad siquiera de decirlo.

La línea que has visto es una cicatriz.

—No he visto otra marca tan clara en ninguna mano.

—Debe de haberse ahondado con los años.

—Nacemos con eso. Y además tienes una espiral, el signo de un secreto.

—Bébete el café. Voy a salir a ver cómo está la nieve. Lleno la bolsa para hervir el arroz. Aquí el agua hay que derretirla.

Mientras tanto puedes echarle un vistazo a este juego. Se llama Mikado y es uno a los que me dedico estando solo.

—¿En qué consiste?

—Es parte también del juego entender cómo se juega. Si no lo consigues, te lo explico cuando vuelva con la nieve.

—Un saco lleno de nieve no da para un litro, pero será suficiente para cocer el arroz.

—He visto los palillos de colores, no entiendo cómo se usan.

—Mira.

Los junto todos en mi puño.

Lo abro y los dejo caer.

Ahora el jugador tiene que recogerlos uno por uno sin mover los demás. Si se equivoca, el turno pasa a otro.

Los colores indican el valor de los palillos, el negro es único y vale más que todos.

Gana quien consiga más puntos.

—Si juegas solo, ¿qué partida es?

—No es una partida, es un ejercicio que me ayuda a mantener la precisión con los dedos. Los saco sin cometer ningún error.

¿Tienes pensado quedarte aquí?

—Por ahora, si me dejas.

—Yo me quedo, tú también puedes quedarte.

—Es imposible coger un palillo sin mover los demás.

—Eso parece, pero cada posición tiene un punto de equilibrio. Ahora saco el negro que está debajo de los demás.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Los palillos tapaban el negro, pero sin tocarlo.

Como desmontar un reloj.

Una de las reglas del Mikado dice que debe retirarse la pieza sin respirar. Pruébalo.

—¡Lo he conseguido!

—Tienes los dedos ligeros.

—Por el acordeón.

—Más que a los gitanos te pareces a los eslavos, pómulos altos, cara ancha, delgada. ¿El color gris de los ojos es de tu familia?

—El color de los del oso.

Antes hablabas de una semana importante.

—¿Te interesa? ¿De verdad?

—Me gustan las historias.

—Estaba en el instituto, un año después de la muerte de mi padre.

Un compañero de clase me invitó a su casa de la playa para la Virgen de agosto.

Yo era un intruso en su nivel social y en el de los demás chicos.

Ella estaba allí, tenía mi edad. La veía suspendida entre la presencia y la ausencia.

El pelo de un rojo oxidado, pecas, ojos que miraban a través de la gente, desenfocados, como si estuvieran fijos en la pared del fondo.

Nadaba rápido, echaba carreras, ningún chico era capaz de seguirla en el agua.

En esa época las chicas no se ponían perfume, ella olía a castañas.

Le gustaba uno del grupo que tenía una lancha neumática con un motor potente. Le dejaba practicar esquí acuático.

Me quedé asombrado de mí mismo. Era la primera vez que me interesaba una chica.

Sentía por ella una conmoción. La veía en constante peligro y me correspondía a mí protegerla.

No era cierto, pero ese sentimiento me asignaba una tarea.

Me colocaba detrás de ella.

Por la tarde el grupo se reunía. Estaba de moda jugar al Mikado. Se pasaban horas alrededor de la mesa.

Yo me quedaba viéndolos. Supe que para mis dedos sería fácil ganar. No tenían precisión, no sabían leer la secuencia de los palillos que había que tocar.

Sus dedos eran de esos que ni siquiera han tenido que coser un botón.

Me mantenía fuera para no estropear el juego.

Y fue la chica, ella precisamente, la que se percató de que estaba detrás y me dijo que me sentara a su lado para participar.

Me pareció algo enorme que me dirigiera una atención.

No se acordaba de mi nombre, solo me dijo: «oye, tú».

—¿Y qué? ¿Les diste para el pelo a esos niños ricos?

—Me senté a su lado, para jugar antes que ella. Cometí un error a propósito para que siguiera el juego.

A ella le daba igual ganar, pero eso sí, quería el palillo negro. Cuando me llegó otra vez el turno volví a equivocarme, pero esta vez ayudándola a coger el negro. Me acusaron de incompetencia, era lo mínimo.

Uno de ellos, el de la lancha neumática, receló de mi error y me tomó antipatía. Me excluyó de la ronda de la mañana, con la excusa de que éramos demasiados.

—No lo comprendo. Por una vez que podías quedar bien, te empeñas en actuar como un tonto. Tú, los payos como tú sois de lo más raritos.

—Todos somos raros cuando afloran los sentimientos.

—Lo cuentas como si te hubiera ocurrido ayer.

—Esa semana sigue sucediéndome.

—Continúa.

—Mientras estaban en el mar por la mañana yo jugaba solo al Mikado. Era capaz de retirarlos todos en sucesión, uno a uno. Demasiado simple, así que me lo ponía más difícil: antes de cada movimiento cerraba los ojos y lo realizaba a ciegas.

Volvían por la tarde y se jugaba al Mikado. Ella me quería cerca porque le daba suerte.

Si para ella tenía la forma de un palillo negro, con mucho gusto se la daba.

Ese sentimiento nuevo me hacía aceptar la curiosa condición de amuleto.

Otra de las reglas del Mikado dice que tu error puede ser útil para algún jugador. Haz que tu error produzca una ventaja.

¿Te has quedado dormida?

—He cerrado los ojos, te sigo escuchando.

—El último día de aquella semana el grupo salió como de costumbre con la lancha neumática.

Llevé el Mikado al bar de la playa y jugué sentado a una mesa. Había cerrado los ojos para los últimos movimientos, memorizados.

Cuando los abrí de nuevo, ella estaba de pie frente a la mesita.

Sus ojos no escrutaban más allá, estaban clavados en mí, severos. Había hecho trampas en el juego. Cuando otros jugaban lo mejor que podían, yo fingía incapacidad.

¿Por qué lo hice? A ella no le importaba, no valía la pena saberlo.

Escuché sus pensamientos en ese momento como si los hubiera pronunciado. Mis sentimientos me lo permitieron.

Su mirada se prolongó sobre mí no sé cuánto tiempo.

Para un relojero es grave no saber la duración del tiempo.

Lo siento, es una tontería que se me acaba de ocurrir.

Terminó haciendo un leve gesto de negación con la cabeza, se dio la vuelta y salió del bar. Esa tarde no vino a jugar y, a la mañana siguiente, yo subí al barco de regreso.

Jugar con los ojos cerrados hizo que mejoraran mis habilidades manuales con los relojes.

Ahora sí que te has quedado dormida.

Se está levantando niebla, salgo a buscar leña para el fuego.

Está prohibido encenderlo, pero con la niebla no se ve el humo.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo es posible que no te haya encontrado cuando ha entrado en la tienda?

—Lo he oído acercarse. He oído sus pasos mientras dormía. Mi padre pesa y se nota.

Te pusiste a hablar con él y me diste tiempo.

—No sabía si era tu padre, pero venía a por ti. Ha sido amable, me ha preguntado si había visto a una gitana. No me ha creído cuando le he contestado que no. Me ha dicho que era un asunto familiar.

Tenía el café preparado, se lo he ofrecido. He notado que tenía las manos grandes.

—Trabaja con el cobre.

—Ha bebido, me ha dado las gracias y me ha dicho que tenía que mirar dentro de la tienda. Para asegurarse de no seguir buscando en vano. No me ha pedido permiso.

Yo me he puesto delante de la entrada, me ha dicho que lo deje mirar dentro. No había forma de oponerme.

Me ha dicho que no me entrometiera. Se limitaría a llevarse lo que era suyo, si lo encontraba.

Para no apartarme, he decidido entrar en la tienda antes que él.

No sabía qué otra cosa hacer.

He entrado y no estabas. ¿Qué has hecho para desaparecer?

—Cuando es necesario soy invisible. ¿Por qué has entrado en lugar de huir?

—Pensaba en interponerme si era necesario.

—Me he abierto paso con el cuchillo en el borde inferior de la tienda. Cuando habéis entrado, me he escabullido.

—¿Y si te encontraba?

—O me mataba él o lo mataba yo.

—También me habría matado a mí.

—No, viejo, me habría arrastrado lejos de aquí.

Estos asuntos se resuelven sin testigos.

—Ha dicho que volvería.

—Entonces no volverá. Nunca dice de antemano lo que va a hacer.

—¿Renuncia a buscarte?

—Volverá a Eslovenia. Ya ha hecho su búsqueda, no tiene que demostrar nada más.

Pensarán que me ha encontrado y que me ha matado.

Así se ha quitado el deshonor de mi huida.

—Mientras se alejaba ha dicho algo en su idioma.

—Que su hija ha muerto porque no está ni en el cielo ni en la tierra.

—La niebla se ha disipado.

—Voy a coser el borde de la tienda.

—¿Te escapaste llevando aguja e hilo?

—El cuchillo, un trozo de cuerda, las cerillas.

—¿Y una brújula?

—No sirve de nada, puedo ver en los árboles dónde está el norte. ¿A quién dejas atrás cuando te vienes a la montaña?

—A nadie.

—¿Vives solo?

—Sí, cuando se es viejo es lo normal.

—Entonces, ¿de quién te estás alejando?

—Del trabajo. He tenido buena suerte con los relojes. Tengo concesiones para vender grandes marcas y varias tiendas.

—Un vagabundo rico.

—Tengo más de lo que necesito, así que sí, soy rico.

—¿Qué reloj tienes?

—El que me regalaron en la primera comunión. Le doy cuerda cuando me despierto. Es como darle energía al tiempo de la jornada.

Hace poco hemos vivido un peligro que podría haber decidido nuestras vidas.

En la esfera del reloj esos segundos están marcados con intervalos iguales. Para nosotros no ha sido así. No eran lo mismo. Conllevaban consecuencias desconocidas.

Te digo esto porque los relojes son instrumentos de medida, pero el tiempo es otra cosa. Puede discurrir con lentitud o a toda prisa.

—El cuervo me está llamando.

—¿Un cuervo?

—Lo retuve durante tres años, luego lo dejé marchar.

—¿Te ha seguido hasta aquí? ¿Lo reconoces?

—Salgamos de la tienda, te lo presento, se llama Varòna.

—Varòna es *cuervo* en ruso. ¿Fue él quien trajo a tu padre hasta

aquí?

—No, lo siguió. Ha venido para protegerme.

—Te queda bien en el hombro.

—Voy a escarbar en los troncos algunas larvas para dárselas.

Comíamos juntos, dormía con el oso y conmigo.

Tiene diez años, vive con su pareja, me la ha presentado. Viene a visitarme.

Vosotros tenéis ángeles guardianes, yo tengo un cuervo protector.

—Entiendo por qué llamas *personas* a los animales.

Te mira, parece entender que estamos hablando de él.

—Lo entiende por la voz, por los movimientos.

—¿Cómo podría intervenir con tu padre?

—Es un acróbata en vuelo, ahuyenta incluso a las águilas. Se deja caer en picado, solo necesita rozar para tirar al suelo.

Te quita el cuchillo de la mano, aunque lo agarres con fuerza.

—¿Se quedará o se irá ahora?

—Antes le daré de comer.

En invierno las larvas se encuentran debajo de la corteza. Él no llega, yo sí.

—No lo sabía.

—Ahora ya lo sabes. Pero ¿cómo pasas el tiempo aquí arriba si no conoces a los árboles, a los habitantes del bosque?

—Ya te lo he dicho, juego. Con el Mikado, con una baraja de cartas napolitanas, con revistas de pasatiempos. El juego me refresca el cerebro.

—No acabo de entender esta historia del juego.

—Lo que hago solo. Desarmar un reloj, leer un libro, montar una tienda de campaña, cocinar para mí.

Todo lo que hago solo es un juego. El trabajo comienza cuando estoy con los demás.

—¿Estás trabajando conmigo?

—Sí. Has encontrado muchas larvas.

—Las que me hacen falta, ahora paro. Le limpio el pico, lo rasco un poco y dejo que se vaya.

—Hay ruido en el bosque, los animales se mueven.

—Buscan a quienes cruzan la frontera. Los perros no tardarán en traerlos aquí. Escóndete.

—Los perros me encuentran, me subo a un árbol.

—¿Qué estás haciendo?

—Me froto con resina, tapa mi olor.

—¿Necesitas ayuda para subir?

—No. Lanzo la cuerda a una primera rama y me alzo. Cuando estén aquí, no mires hacia arriba.

—Entro en la tienda.

*

—Buenos días, documentación, por favor.

—Aquí la tiene, los he oído llegar.

—¿Qué está haciendo aquí?

—De acampada.

—¿En pleno invierno?

—Y varios días, además.

—Tenemos que mirar en el interior de la tienda.

—Adelante.

—¿Sabe que está prohibido encender fuego?

—Sí. Estas piedras ennegrecidas no son obra mía. Tengo un hornillo de gas.

—¿Ha notado si ha pasado gente?

—Animales.

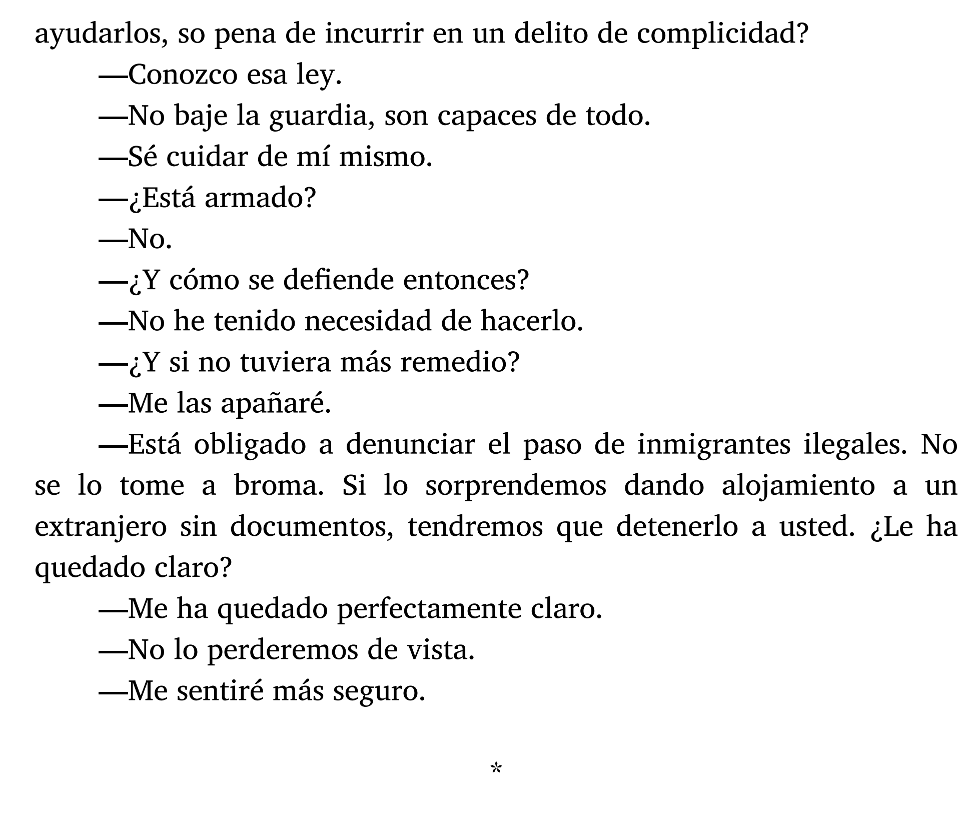
—¿Está solo?

—A mi edad, es inevitable.

—¿Cómo se las arregla con los víveres?

—Me abastezco en el pueblo.

—Hay inmigrantes ilegales de paso por aquí. ¿Sabe que no puede



ayudarlos, so pena de incurrir en un delito de complicidad?

—Conozco esa ley.

—No baje la guardia, son capaces de todo.

—Sé cuidar de mí mismo.

—¿Está armado?

—No.

—¿Y cómo se defiende entonces?

—No he tenido necesidad de hacerlo.

—¿Y si no tuviera más remedio?

—Me las apañaré.

—Está obligado a denunciar el paso de inmigrantes ilegales. No se lo tome a broma. Si lo sorprendemos dando alojamiento a un extranjero sin documentos, tendremos que detenerlo a usted. ¿Le ha quedado claro?

—Me ha quedado perfectamente claro.

—No lo perderemos de vista.

—Me sentiré más seguro.

*

—Puedes bajar, ya se han ido.

—Todavía están por ahí, no te han creído. Se han ido a dar una vuelta y se acercarán sin perros. Varòna los sigue desde arriba y me avisa. Ahí están.

—¿Con quién estaba hablando?

—Con nadie, hablo conmigo mismo de vez en cuando, para oír una voz. Me cuento historias. ¿Quiere que les cuente una?

—¿Está de broma? No tengo tiempo para escuchar historias. ¿Cuál es su ocupación?

—Arreglo relojes.

—Es más fácil comprar uno nuevo.

—Es bastante más fácil, de hecho, la clientela escasea, pero es la que más me gusta. Aprecian un reloj antiguo, como recuerdo o porque es de una buena marca.

Un reloj hay que revisarlo, desmontarlo, engrasarlo. Si se paran es por falta de manutención.

—Su cara me recuerda a la de alguien. Por ahora no lo detengo,

no lo llevo al cuartelillo, tengo que seguir con la búsqueda. Le tomaré una foto y la compararé con el registro de antecedentes penales.

—A su disposición, ¿también me quiere de perfil?

—Permanezca localizable. Si decide desplazarse, pase primero por el cuartelillo, ¿entendido?

—No del todo.

—¿Prefiere que lo lleve al cuartelillo para que pueda entender mejor?

—Como le parezca, tengo todo el tiempo que necesito.

—Qué suerte la suya, yo en cambio no tengo tiempo que perder con usted. Vaya con cuidado y no se haga el listillo con la autoridad.

—Tengo mucho respeto por la religión.

—¿Qué tiene que ver la religión con esto?

—Usted ha nombrado la autoridad, la mayor es la celestial.

—Esa está bien donde está. Yo represento a la autoridad terrenal y puedo enseñarle a mostrar el debido respeto.

—No lo dudo.

—Permanezca localizable.

—Cuente con ello. Que pase un buen día.

*

—Bonita charla con el madero.

—¿La has oído?

—¿Te pones a hablar de religión con ese tío? Porque andaba con prisas, que si no te encerraba y no te soltaba.

A nosotros, en cambio, siempre encuentran tiempo para encerrarnos en algún lugar.

—¿Has estado en la cárcel?

—En Eslovenia y Croacia, donde nos mataron al oso. Ahora tenemos a su hijo.

—¿Por qué lo mataron?

—Cuando cruzamos una frontera en medio de las montañas mandamos al oso como avanzadilla. Esa vez había soldados. Le dispararon. Murió al regresar al campamento.

Lo enterramos, era uno más de la familia.

—Se han ido, ¿lo sabes con seguridad?

—Varòna se ha ido volando. Han bajado, no se tomarán la

molestia de volver a subir.

—Desde tu llegada, este lugar se ha vuelto bastante concurrido.

Regreso a la tienda. Este es el momento en que me dedico al Mikado.

—Tienes los dedos de la cabra sobre la roca, que no mueve ni un solo guijarro.

Tocas y no mueves nada alrededor.

Podrías quitarle el reloj de la muñeca a una persona sin que se diera cuenta.

—Mi oficio es poner relojes en las muñecas. ¿Tú sabes quitarlos?

—No. Conozco a quien es capaz. La técnica no está en el movimiento leve, sino en crear una distracción.

—Muchos de mis clientes los pierden así. También he vendido relojes a gitanos, pero ellos no los pierden.

—Los usan más como pulsera, para lucirlos, no para mirar la hora. Nosotros siempre sabemos qué hora es.

—No dejas de repetir *nosotros*. ¿Echas de menos a tu familia?

—Ahora no.

—Podrías encontrar otro campamento gitano.

—No lo has entendido. Para ellos estoy muerta, ya no puedo acercarme a mi gente.

—Has elegido el exilio.

—He elegido no casarme. No elijo el resto, lo afronto. El mundo es ancho y algún lugar encontraré.

—Tu gente se ha quedado sin una buena ayuda.

—Se ha quedado sin honor. La ayuda los trae al fresco.

—Con todos los problemas a los que os enfrentáis cada día, ¿tanta importancia le dais a una boda fallida?

—Precisamente porque no pertenecemos a pueblos ni a lugares, estamos apegados a nuestras costumbres, a las cosas de honor.

Pero no lo vas a entender.

—Hay un manantial más abajo, agua medio caliente, bajo a lavarme la ropa interior y a refrescarme un poco. Subiré un poco de agua.

—Iré contigo, llevaré el agua cuesta arriba. Sé cómo ponérmela



en la cabeza.

—¿Pesa?

—Cuando vas cuesta arriba, sí, el agua pesa.

—Con tu llegada has traído contigo fronteras cruzadas, persecuciones, un cuervo protector.

—Cosas de todos los días.

—Para vosotros los días pasan a rachas. Lo repentino debe de ser normal entre vuestra gente.

Entre nuestra gente los días están marcados por los horarios, por intervalos iguales.

Incluso en tus gestos aportas la velocidad de quien está en guardia. Me recuerdas a los *scugnizzi*, los pilluelos callejeros de Nápoles. Vivían en las calles, huían de todo.

—Y llevaban el agua cuesta arriba sobre sus cabezas.

—No. Pero cada día era para ellos como los del pez en el mar, pillar algo de comer y no dejar que los pillaran.

—A esa chica del verano, ¿volviste a verla?

—Volví a ver su continuación.

—¿Alguien que se parecía a ella?

—Otra ella y otro yo, veinte años después.

Estuve trabajando en Suiza y luego volví a Nápoles con la concesión de venta de algunas marcas de relojes. Tenía una tienda, estaba calvo y enjuto como ahora.

—No he entendido a quién volviste a ver.

—A esa chica de veinte años atrás, era una mujer casada y viuda, hermosa como un puñado de uvas de septiembre. Entró en la tienda para vender un reloj de hombre. La atendí, no me reconoció. Pero tampoco me habría reconocido una semana después de aquella isla.

Otra de las reglas del Mikado es olvidar la ronda anterior.

Es lo contrario del ajedrez, donde los jugadores recuerdan los movimientos de la partida. El Mikado limpia la mesa.

Me parezco al juego, hago que me olviden de inmediato.

—Es mejor así.

—Yo también lo creo. Por ejemplo, nos vestimos para muchos propósitos, además de para taparnos. Para seguir la moda, demostrando que estamos al corriente de los gustos y de que pertenecemos a cierta clase. Nos vestimos para declarar nuestra disconformidad con el modo habitual de vestir o para lucir una extravagancia.

Yo me visto de la manera más anónima posible. Perfeccioné ese estilo durante mis años en Suiza.

Por abreviar, yo era un relojero respetado, el único que solo vendía relojes, nada de joyas ni orfebrería.

—Me gusta el oro.

Espera mientras dejo el bidón de agua en el suelo.

Me gusta que brille en el brazo, colgado de las orejas.

Me lo quité todo, se lo dejé a ellos, aunque fueran cosas mías. Era lo que tenía que hacer.

¿Cómo te fue con la señora?

Ya estoy, sigamos.

—¿No quieres que cambiemos?

—No.

—Le compré el reloj, le pagué un precio justo, es decir, más de lo que otros comerciantes le habían ofrecido.

Me miró a la cara con atención, como cuando me descubrió jugando solo al Mikado. Pero no me reconoció, solo quería mirar a la cara a alguien que la trataba mejor.

—Yo miro a la cara.

—Como comerciante, tengo que mirar a quien entra. Me basta con una ojeada rápida, no pierdo el tiempo en escudriñar.

No debes dar la impresión de que controlas la apariencia del cliente.

—¿Te han asaltado alguna vez?

—Robado. Dejo a la vista algunas cosas para que las pillen rápidamente, nada valioso.

—¿Tienes armas allí?

—En la tienda corres el riesgo de que el asunto se complique. Mejor un robo rápido y sin resistencia. Podrían estar bajo los efectos de alguna sustancia, alarmarse.

Esa gente ya va al infierno por su cuenta.

—Entonces, ¿qué pasó después de que te mirase a la cara?

—Hizo el movimiento contrario del del bar, asintió levemente con la cabeza. Al día siguiente regresó con otro reloj para vender, el suyo. Se lo quitó de la muñeca y me preguntó cuánto valía.

Es un gesto que me llama la atención, porque desnuda una necesidad. Lo había visto el día anterior. Le contesté que no valía nada, que era una imitación. «¿Una falsificación?», me preguntó, asustada de su propio tono de voz.

Quedó consternada, descubrió una traición.

La invité a salir a tomar algo juntos al bar, para que se recuperara de la sorpresa.

Se bebió un vodka solo y así empezó todo entre nosotros, con veinte años de retraso.

Le expliqué que su reloj era una copia, no una falsificación. La diferencia es que la copia se comercializa habitualmente como tal, mientras que la falsificación se vende como auténtica.

Vivimos juntos durante un año. La ayudé con las deudas que le dejó su marido.

No fue amor. A ella le hacía falta apoyo. Yo buscaba dentro de mí al chico que quería protegerla.

Me sentó bien. En aquel año mi negocio se expandió y abrí nuevas tiendas.

Fue el Mikado lo que nos separó por segunda vez.

Jugaba en secreto para no recordarle esa primera vez. Ella me descubrió y para ella fue la réplica de esa traición. Yo era el intruso que había amañado el juego.

Tuvo miedo de mí. No es más que un juego, intenté explicarle. No: era capaz de falsificar.

Reaccionó como los niños, que dan más importancia al juego que a la vida misma.

—Eso ya lo sé. Cuando bombardearon la aldea, los niños seguimos jugando al escondite. Nos llamaron, pero no hicimos caso. Luego dijimos que habíamos encontrado un refugio y no nos habíamos enterado.

—¿Qué guerra?

—No lo sé. Una guerra. Qué preguntas más raras haces. ¿Es que las guerras tienen nombre y apellidos? Los gitanos no hacen ninguna y

las han vivido todas.

Estábamos acampados cerca de un pueblo a orillas de un río. Lanzaban bombas que llegaban con un silbido. Yo sabía imitarlo, así que la bomba no me alcanzaba, porque las bombas no se acercan entre ellas.

Alcanzó a un niño cercano y lo hizo desaparecer. De pronto ya no estaba allí. Me dejó una esquirla en el brazo. Mi padre me cosió el corte, con la esquirla dentro. Algunas bombas cayeron al río y nos dimos un festín de pescado.

*

—¿Estás seguro de que estas setas son comestibles?

—¿Crees que voy a envenenarte? Ya me las como todas yo.

—Déjame pensar en tu pregunta: ¿te tengo miedo?

A mí me está pasando todo lo contrario, que es fiarme de ti.

Te pregunto por las setas para ver si entiendes. Se cometen errores y los periódicos informan de los casos.

—Las conozco, sé cuáles te hacen reír, cuáles te hacen bailar y cuáles te hacen contar secretos.

Estas solo sirven para comer.

—¿Cuáles son esas setas de los secretos?

—Son secretas, no te lo puedo decir.

—Pero ¿existen de verdad?

—Pues claro que existen.

—Está bien, comámonos estas setas.

—¿Qué tal es eso de ser viejo?

—Es cuando te hablan y meten la palabra *todavía*. ¿Todavía trabaja usted? ¿Todavía sigue yendo a acampar, todavía hace esto y lo otro?

Así que *todavía* se ha convertido en mi palabra favorita. Cuando alguien me pregunta qué tal estoy, contesto: todavía, todavía estoy.

Y además ser viejo es como estar acampado en lo alto del bosque, donde los árboles están menos tupidos y hay más luz. ¿Qué quieres hacer en los próximos días?

—No lo sé. Esperar, por ahora.

—Se me ha ocurrido una idea. Quiero que veas el mar. Dijiste que el mar detiene a los gitanos, que no son marineros. Es un lugar donde no te arriesgas a tropezarte con tu gente.

Abajo en el valle pasa una pista para bicicletas que llega hasta el mar Adriático. ¿Sabes montar en bicicleta?

—Tuvimos una y aprendimos todos.

—¿Te apetece ver cómo es?

—Un sitio sin gitanos me viene bien. No tengo dinero para una bicicleta.

—Ya me encargo yo.

—¿Cómo te las apañas con el dinero?

—Tuve mucho, luego me lo quité y lo metí en una fundación, una especie de organización que ayuda a las personas sin hogar.

—¿Ayuda a los gitanos?

—No. Ayuda a quienes han perdido sus casas.

El dinero pertenece ahora a la fundación, le he puesto el nombre de Mikado. Soy el presidente y saco lo que necesito para vivir.

Pagamos el alquiler de una familia durante un año, les conseguimos un trabajo, les damos la oportunidad de empezar de nuevo, en definitiva. Pero tienen que arremangarse. No es beneficencia, es una forma de arranque para familias metidas en líos.

No queremos convencer a nadie a instalarse. Los nómadas no están incluidos en nuestras intervenciones.

Voy por ahí con la tienda para encontrarme con los que están acampados. Conozco de cerca su situación, su historia, valoro si puedo ayudarlos con el fondo Mikado. Al igual que en el juego, recojo un palillo cada vez.

Contigo no he pensado en una casa. He pensado en el mar.

Mañana desmontaremos la tienda, bajaremos a la ciudad a buscar dos bicicletas, y también una sudadera y unas zapatillas para que parezcas una turista.

—Si los guardias nos detienen, te meterás en un lío.

—Te daré el documento de una empleada de la fundación que se parece a ti.

—Todo parece fácil contigo.

—Si se quiere, lo es. En todo caso, te encontrarás con un papel en el bolsillo y podrás marcharte por tu cuenta cuando quieras.

—Me da pena cada vez que desmonto la tienda. Acabo acostumbrándome a los sitios.

Dormir en ellos, más que estar despierto, hace que me acostumbre.

—¿Cómo eliges dónde montar la tienda?

—En un claro resguardado del viento, de los aludes y con agua no muy lejos.

—¿Y cuánto tiempo te quedas?

—Un mes, luego vuelvo por una semana.

—Eres un poco gitano.

—Gracias por el cumplido, me he vuelto uno de ellos con la edad. Me entreno para evitar los asilos, a los que ahora llaman *residencias de ancianos*. Quiero terminar al aire libre.

—Todavía te queda mucha línea de la vida por delante.

—Has dicho *todavía*.

—No lo volveré a decir, te lo prometo.

*

—¿Cómo es ese mar adonde vamos?

—Es una extensión de agua que no se puede beber, demasiado salada.

Cambia de color según el cielo que tiene encima.

A veces ambos son grises y no puede verse dónde termina uno y empieza el otro.

Es rosa cuando sale el sol o cuando se pone.

—Como los lagos y los ríos.

—Pero no tiene fronteras, el mar rodea toda la tierra.

—Pues ya está, ahora tienes un nombre y un documento.

Se parece a ti, ¿verdad? Pero ahora tienes veinte años.

—Son muchos, no me los imagino. Habrá un montón de gente que ya no esté aquí cuando tenga veinte años.

—Habrá muchos otros nuevos.

—A esos no los conozco, conozco a los de ahora.

—Con este documento has sacado el palillo negro sin mover los demás.

—Metes el Mikado en todas partes.

—Es solo una imagen. Unos ven la vida como un río, otros como un desierto, otros como una partida de ajedrez con la muerte. Yo la veo en forma de una partida de Mikado que disputo solo.

En sus orígenes, dejar caer los cuarenta y un palillos servía para interrogar la suerte. En la forma del montón leían la respuesta. Tú lees las líneas de la mano: ¿no es como lanzar los palillos?

—Tú sabrás. En todo caso, son pliegues, te hacen falta una lupa y buena luz.

—Pero tú los lees y explicas su dibujo, como hacían con los palillos del Mikado antes de transformarlo en un juego.

*

—¿Estabas cansada de pedalear?

—Para nada, podría haber seguido.

—Es mejor habernos parado aquí esta noche. Es un terreno cómodo, hay agua. Se ve el Montasio, una montaña con forma de nube.

—¿Estás cansado?

—Como todas las noches.

—Te veo metido en tus pensamientos.

—¿Los lees por dentro?

—Dicen algo raro, acerca de una primera vez. Algo te está pasando por primera vez.

Eso es lo que dicen.

—Ah, sí, hace un ratito mientras esperaba a que hirviera el agua. Eché el Mikado y, cuando saqué uno de los últimos palillos, me pareció que había movido, rozado uno. Ha sido una impresión, tal vez no sea cierta, pero es la primera vez que tengo esa impresión.

—¿Te importa?

—No estoy seguro, tengo que jugar otra vez mañana para averiguarlo.

—Me había dado cuenta de que nos estaban siguiendo.

—Sí, pero parecían dos ciclistas.

—Han esperado a ver la tienda montada.

—¿Te has asustado?

—Tenía miedo por ti. Yo estoy lista.

¿Qué te han dicho mientras estaba en la tienda?

—Tonterías.

—Uno te ha llamado *abuelete*.

—Sí, tomándome el pelo: vaya con el abuelete.

—Querían llevarme con ellos y robarte a ti.

—Querían hacerlo, pero tal vez podría haberlos hecho cambiar de opinión, entonces has salido tú.

—No podía esperar. Estaban a punto de atacarte. Tenía el cuchillo listo, pero tú has sacado esa cosa y le has rociado la cara a uno de ellos. Se han ido.

¿Duele ese chorro?

—Quema los ojos, deja ciego un rato.

—Han amenazado con volver.

—Son cosas que se dicen durante las retiradas.

—Habrá que tener cuidado esta noche. Yo me encargo, de todos modos no duermo.

—Voy a poner algunas ramas secas y ramitas alrededor de la tienda. Si vuelven harán ruido.

—¿Lo oyes?

—Sí, pero debe de ser un jabalí desenterrando raíces.

—Ahora ha huido.

—Entonces es que se acercan. Llevarán gafas para evitar que los rociemos otra vez.

—Si lo uso en la tienda, nos cegaremos nosotros. Digan lo que digan, insultos, amenazas, no respondemos. Nos quedamos callados.

¿De acuerdo, muchacha?

—De acuerdo, viejo, pero si se me echan encima, a uno por lo menos lo destripo.

—No será necesario.

—Adiós tienda.

—Pues sí, la han destripado.

—Por tu lado, tú te has levantado enseguida.

—Iba a sacudirlos yo también, pero no me has dado tiempo.

—He tenido que intervenir. He puesto el cañón en el primer pie que ha entrado y he disparado.

—Menudo salto me has hecho dar. En la oscuridad no me había dado cuenta de que eras tú. Pensé que te habían disparado.

Ya podrías haberme dicho que ibas armado.

Te pregunté si tenías una pistola y me dijiste que no.

—En la relojería, no, pero cuando voy por ahí solo de acampada es otra cosa.

—Lo has dejado cojo.

—Le he disparado en la punta, a los dedos. Si le disparaba en el centro del pie, entonces sí que se quedaba cojo.

—¿Y ahora qué?

—Cargamos lo que tenemos en las bicicletas, dejamos aquí la tienda.

—Me has salvado. Y yo que pensaba que me tocaría hacer lo mismo por ti.

—Nos hemos defendido. Nos ha salido bien a nosotros y a ellos también. Tú les habrías hecho cosas peores con el cuchillo.

—Sin el disparo no sé cómo habría acabado la cosa. Cuando entré a la tienda la otra noche, ¿tenías la pistola lista?

—No. Hiciste ruido, querías que te oyeran cuando pisaste las ramas alrededor de la tienda.

Quien quiera sorprender intenta avanzar despacio. Tú entraste con prisa. No pensemos más en eso.

—Pensemos en ello un poco más. Eres un viejo un poco raro. Pareces tranquilo, alguien que no reacciona, luego sacas un espray que ciega, después una pistola. No te hacía tan espabilado.

—No hay necesidad de ponerse nervioso para estar preparado.

Las personas también son mecanismos. Es fácil entender cómo funcionan las que son agresivas. Hay que intentar ajustar y arreglar las cosas.

Imagínate que se hubieran presentado amablemente. Habrían montado una tienda de campaña cerca, empezado a charlar y tal vez hasta nos habrían invitado a beber. Podrían haber intentado engañarnos y luego dedicarse a lo suyo. En cambio, se han presentado de forma sincera sin pretender engañarnos.

—Yo creo que no nos la jugaban, aunque hubieran sido amables.

—Es posible que no, pero habría sido más difícil descubrir el mecanismo.

—Se ve que eres relojero, estás obsesionado, pero los hombres no hacen tictac.

—¿No? ¿Y entonces qué hacen?

—¿Qué quieres que te diga? Piensan una cosa y hacen otra. Le dicen «te amo» a una mujer y luego se lían a darle puñetazos. No hacen tictac.

—¿Hacen zigzag?

—Hacen zigzag.

—Como nosotros esta noche: queríamos dormir y nos vemos pedaleando.

—¿Falta mucho?

—Dentro de una hora amanecerá y ya habremos llegado.

—Detengámonos un momento. ¿Ves esa franja fina al fondo, bajo el cielo? Es el mar Adriático, la zona más al norte del mar Mediterráneo.

—¿Un mar dentro de otro mar?

—Los nombres cambian, el mar es el mismo. *Mediterráneo* es el nombre de toda el agua entre Europa, África y Asia.

—Nosotros estas cosas no las sabemos.

—¿Qué te parece, visto desde lejos?

—Parece un cielo más oscuro, una base sobre la que se apoya. ¿Dónde vamos a dormir?

—Vamos a la playa, descansaremos allí.

—¿Y el mar no se puede beber?

—Ya te lo he dicho, está salado.

Durante la guerra en Odesa, mi madre tuvo que cocer arroz con agua del mar Negro, que es menos salada que la del Adriático porque ahí está la desembocadura de los enormes ríos ucranianos.

—Los ríos son peligrosos. Los ancianos siempre discuten entre ellos sobre el lugar adecuado para montar el campamento. Si se equivocan y lo ponen donde se desborda el río, los troncos y piedras de la corriente lo destruyen todo.

El anciano que se equivoca de lugar cerca del río ya no puede volver a hablar.

¿Ocurre lo mismo con el mar?

—No. El mar no está encajado entre dos orillas, no hay lluvia que lo hinche o que lo llene. Lanza embates a la orilla, hace ruido, pero sigue en su sitio.

—He oído decir que monta olas tan altas como barcos.

—Ocurre con vientos fuertes.

—¿Cómo se las apaña el barco para pasar por encima?

—Con la proa que sube hasta la cima de la ola, la supera y luego baja.

—Acerquémonos a verlo.

—¿Qué te parece al tocarlo, frío?

—No. Huele a sal, también a setas.

—Son las algas, una verdura que vive bajo el agua. Cuando acaba en la playa desprende ese olor que te parece el de las setas. ¿Tienes hambre?

—Mira, no me gusta que te preocupes por mí. No me hace falta. Ni siquiera me gusta que me hayas salvado de esos dos. Puedo apañármelas por mi cuenta.

—Eso está claro.

Mira, no tengo hijos ni nietos, y no quiero adoptar a nadie. Intercambio algo con quien encuentro lejos de las calles.

No hago distinciones de edad. Me llamas *viejo*, de acuerdo, pero vivo en la misma edad que tú, a pesar de todo, en tu misma época. Las generaciones no existen para mí. Mientras estemos vivos somos contemporáneos. Somos dos personas.

Te he preguntado si tienes hambre.

—Sí, y sueño también.

—Entonces duerme aquí en la playa, en el saco de dormir, y yo iré a buscar algo para masticar.

—Me ha vuelto a pasar. No ha sido ninguna impresión. He movido un palillo mientras levantaba otro.

Los dedos me han sorprendido. He confiado en las yemas de mis dedos y los he visto tropezar.

Tenía que suceder.

He apretado el puño, he vuelto a abrirlo y ya no eran mis dedos de antes.

La parte del cuerpo que me daba de vivir se ha cansado. Tengo que admitirlo.

La consecuencia es que ya no puedo tocar el Mikado.

—¿Quieres dejarlo por haber cometido un error una vez?

—Así es. No es que me haya dicho antes que lo dejaría el día del error. Ha ocurrido y ahora es evidente. He movido y no hay jugador siguiente al que pasarle el turno. Mi tiempo con el Mikado ha llegado a su fin.

Te lo regalo. ¿Lo aceptas?

—¿Y qué hago con él?

—Juegas. Tienes los dedos ligeros. Te hará compañía.

—¿Son estos los palillos con los que empezaste?

—No, los he vuelto a comprar muchas veces. Entonces, ¿qué?, ¿los quieres?

—Hagamos una cosa: juego una partida yo sola. Si consigo retirarlos sin ningún error, me los quedo. Si no, puedes tirarlos.

—Por una vez le sienta a uno bien sentarse a una mesa con platos delante y una cocina que está preparando nuestra comida.

—Nunca antes había estado en un lugar donde los hombres sirven la mesa.

—No es que venga muchas veces.

Tenemos que esperar a que nos traigan lo que hemos pedido.

¿Qué te hizo decidirte a huir? Sí, claro, el matrimonio concertado, pero ¿el momento, en pleno invierno?

—Habrás notado que estoy flaca.

—Estás delgada, flaco estoy yo.

—Estoy flaca. Para los gitanos, una mujer debe estar gorda. Para la boda tenía que subir de peso. Mi madre me cebaba como a un ganso. Vomitaba en secreto, así que seguí igual.

Me descubrieron y me dieron una paliza. Dijeron que yo era medio paya, que no era gitana.

No soy una paya, quiero seguir estando flaca.

Me escapé de noche después de la fiesta de compromiso. Antes estaba demasiado vigilada y luego habría sido peor. Solo tenía esa noche.

Caminé hasta el amanecer, me escondí para dormir y esperar la oscuridad. La segunda noche llegué a la tienda.

—¿La encontraste por casualidad?

—Estaba siguiendo un olor. Con el frío lo noto mejor. Era olor a gente, así fue cómo llegué a la tienda.

—¿Olor?

—¿Qué tiene de raro? La nariz está delante de la cara para señalar el camino. Eso decía mi abuelo. Aprendí de él y del oso, que sin embargo está muy por encima. Nota el olor a miel a un kilómetro dentro del bosque.

—Entonces, buen provecho a tu nariz. Comámonos este pescado.

¿Por qué comes con las piernas cruzadas sobre la silla y el plato

en el regazo?

—No sé comer como tú, con el plato sobre la mesa. Donde yo vivía no teníamos mesas ni sillas. No había sitio. Comíamos sentados en la alfombra alrededor del cuenco grande. Y el pescado se preparaba con setas.

—Nunca he comido pescado con setas.

—Así es como lo hacemos nosotros.

—Has dicho *nosotros*.

—Me lo quito, no hagas caso.

—La mesa es de esos sitios que impulsan a decir *nosotros*, aunque estemos solos.

—¿Cómo se llama este pescado?

—Mero, vive en madrigueras, se prepara con tomate. Tiene espinas, hay que comérselo despacio.

—Los peces del lago están llenos de espinas.

—Comer pescado es una aplicación del Mikado. Retirar las espinas una por una. Si te la tragas, has equivocado el gesto con la boca.

—Ya está aquí tu Mikado otra vez.

—Ahora es tuyo, lograste sacar todos los palillos sin fallo. Esta noche dormiremos en un barco. Es de un amigo, tengo las llaves.

—Nunca he dormido en un barco. ¿Es grande?

—Es de pesca, en el camarote te sientes como en una tienda de campaña.

—¿Por qué miras a la gente a la cara? Los hombres piensan que los estás provocando.

—Miro a los ojos para saber quiénes son.

—¿Puedes leer los ojos, además de la mano?

—Pues claro que sé leer los ojos, cualquier gitano puede hacerlo. Los ojos se entornan y se abren cuando me ven, y por eso entiendo. Lo hacen de forma instintiva, no pueden fingir ni por un segundo.

El que nos trae de comer es una buena persona. Los dos sentados a la mesa cerca de la entrada que nos han mirado son unos sinvergüenzas. Uno es peligroso.

—¿Lo entiendes con una mirada?

—Lo dicen sus ojos. Ahora están hablando de nosotros.

—¿Puedes oírlos desde aquí?

—¿Estás sordo?

—Oigo un zumbido en la sala y la televisión encendida.

—¿Y no puedes oír a esos dos? ¿Es que sabes mover las orejas?

—No.

—¿No puedes hacer esto?

—No. ¿Cómo lo haces?

—Las muevo hacia ellos y oigo lo que dicen.

—Nunca había visto algo así. ¿Qué dicen?

—Les gustaría saber quiénes somos, si somos parientes, si soy una prostituta.

Uno ha dicho que eres demasiado viejo para ser un proxeneta.

Han decidido invitarnos a vino y sentarse a nuestra mesa.

—Levantémonos y salgamos de aquí.

*

—Entornaste los ojos cuando te hablé de esos dos. Estabas preparado.

—Solo tenía prisa por salir. ¿Estás cómoda en la litera? No es como en una tienda de campaña, aquí el suelo se mueve.

—Duermo donde sea, dormiré también en este suelo marino.

—Así sabrás si te mareas.

—¿Qué te hace el mareo?

—Te provoca náuseas por los movimientos del barco.

—Los niños en la cuna no se marean.

—Es verdad, ni tampoco los que están en el vientre materno, que se mueve más que un barco entre las olas.

Se ve que empieza cuando desembarcan en tierra.

—He viajado en carretas y no me han entrado esas náuseas. Un gitano mareado es algo raro.

—Puede ser. Buenas noches, tengo sueño.

—Me quedo despierta. Me gusta este olor a madera y el ruido, como el de un carro tirado por un caballo.

¿Te acuerdas de la maldición de mi padre, eso de que su hija no está ni en el cielo ni en la tierra? Se olvidó del mar, así que puedo quedarme aquí.

¿Duermes ya?

—Casi.

—¿Se aplican también en el mar las reglas del Mikado?

—Se aplican las reglas, pero no puedes jugar, la mesa se mueve.

—¿Qué dicen las reglas?

—Los peces son criaturas solitarias. Los ves en bancos, los llamas por el nombre de su especie, pero cada uno vive por su cuenta. Son palillos del gran Mikado del mar.

—Cuando echo la red al río, los atrapo todos juntos, no uno por uno.

—Todo lo contrario, los atrapas uno por uno, cada malla de la red está hecha para capturar uno.

El cebo que pones en el anzuelo es para uno.

Cuando pica, hay que tirar despacio y ajustar para sacar al pez del sitio que ocupa en el montón.

—Hay un dios del Mikado incluso en el mar.

—¿Crees que se trata de un dios? Podría ser una regla que existe en todas las cosas, una perfección dentro de las cosas, no fuera.

Dentro de las iglesias hay un dios, pero está en el mármol del altar, en el madero de la cruz, no arriba.

—¿El que está clavado por encima no es dios?

—Lo que hay dentro de él, dentro de sus palabras, es dios. Ahora de verdad que tengo que dormir.

—Salgo a ver el mar de noche.

—Tengo que cortarme el pelo y venderlo, para no seguir con tu dinero.

Y así me quito también esta cabeza de gitana, me lo dejo muy corto.

—¿Qué longitud tiene?

—Nunca me lo he cortado, será de cinco, seis palmos.

—Más de un metro, pregunto qué precio te hacen.

Te las has apañado muy bien arreglando las redes después de la pesca. Mi amigo ha quedado satisfecho con la ayuda.

Esta noche comeremos en el barco, mejor que no nos vean por ahí.

—He conocido peces que nunca había visto en mi vida, ese rojo con la espina venenosa.

—El escorpión rojo.

—Ese otro plano.

—El lenguado. Los vende a los restaurantes.

—¿No duerme en el barco?

—Tiene una casa.

—Es tan viejo como tú, ¿y lo hace todo solo?

—Tiene un hijo, pero se ha alistado en el ejército.

—La gente que he dejado atrás tiene música en lugar de mar. El cantante más famoso del mundo era gitano.

—¿A quién te refieres?

—A Elvis Presley, ¿no lo sabías?

—No.

—Qué pocas cosas sabes.

—Ya me he informado, se vende bien. Hay demanda para las pelucas. Pagan por centímetro, cuanto más largo sea, más vale.

—Me lo quito todo, me quedo con un centímetro.

—Lávatelo, que luego vendrá a cortártelo.

*

—Ahora ya no eres gitana. Te has convertido en marinera.

—La barca me gusta, es como el carro en el que vivía cuando era niña.

—Ya llevas un mes trabajando allí, ¿te sientes cómoda con él?

—Sí, no habla mucho, me enseña lo que hay que hacer.

Ahora me deja sujetar el timón.

—Has pillado sol.

¿Por qué sonríes?

—Mi abuelo me enseñó a responder: no he pillado nada, lo recibí como regalo.

No le digas a un gitano que ha pillado algo. Incluso si se empapa en una tormenta, no dice que haya pillado lluvia.

—Entiendo, has recibido el sol como regalo.

—Son personas delicadas, cuidadosas con sus palabras. No hace falta mucho para ofender.

—Ya has mencionado antes a tu abuelo. ¿Lo querías mucho?

—Él me quería. Era un jefe. Llegó a serlo después de un duelo. Se rebeló contra alguien que era jefe antes que él.

Decía que me parecía a él. Jamás me habría vendido a un anciano.

Murió envenenado, nunca se supo quién lo hizo.

—¿Cómo se llamaba?

—Los nombres se quedan en la familia. No son necesarios fuera. Continúan después de la muerte. Buscan una vida para vivir de nuevo.

Por eso se ponen los nombres de los muertos.

—Dices *gitanos*, no *cíngaros*, ni *romaníes*, ni *rom* ni *sinti*.

—Me gusta la palabra *gitano* en italiano, un pueblo que siempre está *in gita*, de excursión. Se presenta mejor. ¿Qué está haciendo el pueblo? No lo sabemos, está de excursión.

Pero soy una sinti.

—Has recibido un montón de sol.

—¿Y tú dónde has estado?

—En casa, para encargarme de las cosas de siempre.

—¿Te quedas?

—Unos días. En conclusión, ¿te encuentras bien con él?

—Me deja a mi aire, no me está encima. Si me equivoco me dice que no, pero después de que me haya equivocado.

Bajé el ancla y no me di cuenta de que tenía un pie en la cuerda. Me caí al agua. Mientras me tiraba un salvavidas, me dijo: «Ya verás que no te vuelve a ocurrir».

—¿Sabes nadar?

—Aprendemos todo lo que necesitamos.

—Él no sabe nadar, ¿sabes? Una vez me dijo que el agua es para los peces, no para nosotros.

¿Y juegas con el Mikado?

—En el muelle, cuando desembarco.

Me topé con esos dos que estaban sentados a la mesa del restaurante la primera noche. Estaba en la ciudad haciendo algunas compras. Me vieron y empezaron a seguirme. Eché a correr y ellos también.

No conozco la ciudad, así que corrí hacia el mar, a la playa. No pudieron alcanzarme, por su tamaño en la arena les cuesta el doble. Cuando vi que ya no me seguían, me adentré en el pinar y esperé a que oscureciera para regresar al barco.

No he vuelto a la ciudad. Va él a hacer la compra. Le expliqué por qué no voy yo.

—Haces bien. Deben de ser dos idiotas, no te preocupes. Verás que al muelle no vienen.

—No me asustan, los evito para no tener líos con la policía.

Pronto nos haremos a la mar durante varios días. Tiene licencia para pescar corales.

Por la noche cocino para él y para mí en el barco. Bebe una

botella de vino él solo y luego se va a casa.

Yo ni siquiera soporto el olor a alcohol.

—Es un buen hombre, y ahora le eres de gran ayuda.

—Me paga incluso. He decidido estudiar.

—Te vas a convertir en una paya.

—No me convertiré en uno de vosotros. Ahora me viene bien estudiar.

Antes tenía la familia, cada uno hacía su papel, ahora me toca hacerlos todos a mí.

Con el dinero de mi pelo compré algunos libros para aprender por mi cuenta. Cuando no entiendo algo, se lo pregunto.

—¿Así que lees y escribes? Envíame tu primera carta, ¿de acuerdo? Te dejo la dirección de la fundación.

—Antes tengo que entender cómo se escribe una carta. Ni siquiera sé qué es una dirección.

—Cuando aprendas, escríbeme. Hay cosas que solo pueden decirse en una carta. Necesitan distancia.

Los acontecimientos de estos días son semillas, crecerán y se convertirán en otros acontecimientos. Yo no estaré ahí. Tengo compromisos que tal vez algún día pueda escribirte.

Dame noticias de tu vida.

Cartas

Estimados señores de la Fundación Mikado:

Hace ya bastante tiempo que no recibo correspondencia por su parte. Por lo tanto, me dirijo a ustedes para obtener noticias de su presidente, de quien recibía cartas a través de estas oficinas.

Soy la chica a la que acogió en su tienda hace muchos años, en las montañas entre Italia y Eslovenia. Luego fuimos juntos en bicicleta a Grado. Con su ayuda, conseguí trabajo en un barco pesquero y allí nos separamos.

Hace un año que no sé nada de él. El nombre que he puesto en la carta es el de mi marido. Soy viuda, él era un militar que prestaba servicio en Afganistán.

Fue de su presidente de quien aprendí el nombre y el juego del Mikado. Me regaló el suyo el día que cometió un error al levantar un palillo. Se exigía a sí mismo una precisión infalible.

Dedico unos minutos todos los días a ejercitarme en esa habilidad. Es una deuda de gratitud que tengo con él.

Yo era una niña que huía de mi familia. Él me acogió sin temor. En ese momento me pareció viejo, un error muy extendido de la juventud respecto a edades posteriores.

Hizo que conociera el mar, hasta entonces nunca visto. Reconocí mi destino. Corresponde a un desconocido la posibilidad de revelarlo. Por eso, en la vida de los gitanos, la hospitalidad hacia los desconocidos es inmediata. Del extranjero oímos historias que pueden anunciar el destino a alguien. Así fue para mí. El mar me detuvo.

En mi familia éramos feriantes. Nos movíamos en carretas, luego en caravanas. Instalábamos la pista de autos de choque y la noria. Yo me exhibía con un oso amaestrado. Hui de un matrimonio concertado con un hombre anciano, yo era una cría.

En Grado, él me ayudó a vender mi pelo. Yo era analfabeta, a los quince años, con ese primer dinero compré una cartilla y empecé a

leer. Me entraron ganas de estudiar. Desde entonces he pasado de un libro a otro.

Nos escribimos. Yo le hablaba de mi marido, de mis hijos. Me preguntaba por ellos.

No he vuelto a saber nada de mi primera familia. No he tenido ocasión de toparme ni de hablar con ninguna persona de mi gente de antes.

Sé de él lo que me escribía y lo que pude leer en las palmas de sus manos. Tenía una línea de la vida ancha, marcada, de persona buena. Se perdía detrás del monte de la Luna. Le dije que era larga. No tenía un punto final, se desvanecía bajo la piel.

Él no quería saberlo, yo sí. Yo era salvaje, agresiva, estaba en fuga. Quería saber quién me estaba ayudando y por qué.

Los hombres que había conocido obraban por interés propio. ¿Qué quería él de mí? Nada. Me ayudaba y nada más.

Estoy acostumbrada a buscar las causas de las cosas que suceden. No es raro que no las haya o que no sepa cómo encontrarlas.

Estos días miro el reloj de la pared, no para saber la hora. ¿Puede eso explicar por qué pregunto por un relojero? Miro la esfera con los números fijos y la manecilla de los segundos, que parece el palillo negro del Mikado que se mueve por sí solo, libre de los demás.

Escribo estas líneas para darme a conocer y esperar una respuesta por parte de ustedes.

Estimada señora:

Nos complace recibir su carta y poder entrar en contacto directo con usted. Hasta ahora nos habíamos limitado a hacer de trámite en la correspondencia entre usted y nuestro presidente.

Hace un año él mismo nos comunicó su intención de una ausencia prolongada, a la que no podía poner término. Su avanzada edad nos preocupó bastante.

Nos trasmitió instrucciones que atañían a la fundación y actualizó su testamento, como tenía por costumbre hacer ante sus ausencias habituales.

Hace un año que no sabemos nada de él. Hemos presentado recientemente una denuncia por desaparición. Otra cosa no está en nuestras manos, dado que se necesitan dos años para la declaración de ausencia y diez para la declaración de presunto fallecimiento.

Entre las medidas, algunas le conciernen, y ahora estamos autorizados a comunicarle, dado que la premisa era que fuera usted quien se pusiera en contacto con nosotros.

La fundación otorga una beca a sus hijos hasta que completen sus estudios universitarios. A usted se le asigna una renta vitalicia.

Estaremos encantados de reunirnos con usted para ulteriores detalles.

También le quedaríamos agradecidos y estaríamos dispuestos a compensarla si tuviera la amabilidad de facilitarnos, si no las originales, sí fotocopias de las cartas que recibió para incorporarlas al archivo de la fundación. Una joven licenciada en Sociología está escribiendo una biografía de nuestro presidente, quien por su carácter y costumbres era muy reservado respecto a su vida privada.

¿Tendría usted inconveniente en reunirse con la joven biógrafa?

Con nuestros más cordiales saludos,

La Fundación Mikado

Estimados señores de la Fundación Mikado:

Les agradezco su respuesta y las noticias que me han enviado.

Durante estos meses de falta de correspondencia he tenido una imagen recurrente de él como Jonás en el vientre de la ballena. Lo veía en la oscuridad de una cueva, vestido para acampar en la montaña. Me pregunto si hay formaciones rocosas con cavidades parecidas en los alrededores de la fundación. Quizá no haya ido muy lejos.

He escrito a unos conocidos en Grado, pero no ha pasado a verlos.

Con referencia a las cartas que recibí de él, las considero personales, no susceptibles de ser compartidas. Sin embargo, copiaré aquí, como apéndice a esta carta mía, la última que me llegó.

En cuanto a su petición de hablar con la biógrafa, mis vicisitudes personales no me permiten hacer públicas las circunstancias de nuestro encuentro. No puedo arriesgarme a que mi familia o lo que queda de ella consiga localizarme.

Me casé para cambiar de nombre.

Los tiempos han evolucionado en lo que fue mi gente. A una chica gitana de hoy no se le imponen el matrimonio ni otras condiciones serviles. Es bueno para las nuevas generaciones, pero no puedo cambiar el pasado ni sus consecuencias.

Les agradezco su intención de asignarme una renta vitalicia. Tengo un trabajo y no me hace falta nada más. Mis hijos cursaron estudios náuticos y están embarcados en naves mercantiles.

Como les he escrito, aprendí de él las habilidades del Mikado. Él aplicaba las reglas fuera del juego. Por ejemplo, actuar poco a poco sin llamar la atención.

Crecí en un campamento de familias siempre de viaje. La infancia fue un ejercicio de vida práctica, puesta a prueba.

Crecí junto a un oso. Él aprendía a imitar los movimientos humanos, yo aprendía a percibir a través de sus sentidos, mucho más intensos que los nuestros. Prefería estar con los niños. Doy las gracias al estudio, a los libros, que hoy me permiten expresar con el lenguaje lo que sentía y sabía cuando era niña. Las palabras de hoy me añaden precisión, un toque de Mikado.

Cuando mataron al oso sentí el dolor más profundo de mi vida. Ni siquiera la muerte de mi pobre marido soldado alcanzó esa sensación de total abatimiento y abandono.

Le limpiaba la jaula, lo libraba de parásitos. Él levantaba las patas y yo le pasaba el peine por el pelaje. Fui una niña aliada con un gran ser vivo.

En las ferias del pueblo jugábamos al tarot. Un espectador preguntaba a mi madre por su suerte, yo tomaba la baraja de cartas y la desplegaba frente al oso, que sacaba una con los labios. Mi madre interpretaba la figura elegida. Hacían cola para que el oso les predijera la suerte. La vida moderna desacredita los instintos, reduciéndolos a impulsos superficiales. El oso me hizo conocer su profundidad, su calma tensa, su concentración.

En las ferias me subía a su lomo y él fingía ser un caballo, se encabritaba, yo me quedaba aferrada a su cuello. Abría mucho la boca, yo metía la mano y sacaba una flor escondida en mi manga. Erguido sobre sus patas, me lanzaba al aire y me atrapaba al vuelo.

Murió a mi lado, permanecí a su lado dos días hasta que se puso rígido. Nadie de mi gente pudo separarme de él.

Adiestramos a uno de sus hijos, era bueno conmigo, pero no repetía en público los juegos que aprendíamos juntos. No dejaba que nadie lo montara a lomos en presencia de espectadores. Guardaba las distancias con los hombres, solo yo podía ponerle el bozal.

Cuando tuve mi primera menstruación se puso nervioso, agitado. Ya no era utilizable. Querían abatirlo, sacar de él pieles y vender la carne. Por la noche abrí la jaula y se fue. Me dieron una paliza por haberlo encerrado mal. Si me hubieran visto liberarlo, me habrían matado. Ya entonces quise huir.

Pido disculpas por la digresión. Además de mi trabajo y mi pensión de viudedad, practico la quiromancia. Hoy veo en las líneas de la mano el patrón dejado por un lanzamiento de palillos del Mikado. Los aíslo, los explico uno por uno, como para sacarlos del montón.

La quiromancia lee una línea cada vez: la del corazón, la de la vida, la de la cabeza, la del destino. El Mikado me ha ayudado a ver un patrón único en la trama. Examino mis palmas con una lupa que adensa la urdimbre.

El pueblo gitano, acampado al aire libre, está a la vista del cielo nocturno. Las acampadas alrededor del fuego se apagan al amanecer, cuando se borra el patrón de las constelaciones. La necesidad de leerlas quiso ver figuras de animales.

La quiromancia vuelve a encontrar el cielo en la palma de la mano abierta: Júpiter, Saturno, el Sol, Mercurio, Marte, la Luna y, además, cruces, triángulos, anillos.

Me estoy alargando, les pido disculpas. Escribirles a ustedes ha sido en cierto modo como escribirle a él. A continuación, copio su última carta.

Querida gitana:

La edad está ralentizando los latidos de mi corazón y la mano que escribe las cartas. Nosotros dos somos de los últimos que se entregan a esta antigua forma de mantenernos en contacto. Nosotros dos y quienes están en la cárcel, que prosiguen la usanza de la correspondencia.

El correo electrónico ha reducido las cartas a mensajes, anulando las distancias.

Pero seguimos igualmente lejos.

He ajustado relojes, una forma de corregir los retrasos.

Tus cartas enviadas a la fundación me llegan cuando regreso de mis excursiones con la tienda. Esta vez encontré dos. Respondo con una.

Vives en una barcaza amarrada en la desembocadura de un río. La elegiste porque no hay gitanos. Sigo preguntándote si te has dejado crecer el pelo.

Nuestro encuentro ya lejano dejó fijado para mí un tiempo que ha permanecido inmóvil.

Puede ocurrir que haya, en la vida de las personas, un breve periodo desconectado de la corriente, en el que un acontecimiento se hinca como un clavo en la madera. Ese punto orienta después el espacio a su alrededor. Es un centro que mientras sucede no avisa de que será inmutable.

Intentaré decirlo con un ejemplo. ¿Quién sabe por qué, entre muchas otras, es precisamente la última estrella de la Osa Menor la que representa el norte? Es extraño, pero cuando la divisas, ese es el ombligo de nuestro cielo boreal.

Sucede lo mismo en la vida de las personas. Fuiste ese clavo hundido en mi tiempo. Solo por ti sentí la arriesgada tarea de la responsabilidad. Es un sentimiento intransigente que excluye la cercanía con cualquier otro estado de ánimo.

Me alejo por un periodo más largo. No para curarme, no lo necesito. Llevo mucho tiempo planeando un viaje.

He arreglado las cosas en la fundación para que sigan sin mí. Lo que emprendo debo hacerlo a pie. Será necesariamente lento.

El camino me permite adentrarme en los paisajes, así formo parte de ellos.

Incluso la bicicleta que usamos hace muchos años los cruza con demasiada rapidez.

Tu destino tenía prisa por encontrarse con el mar. Dormiste de inmediato en la playa, fiándote de aquel lugar. Luego recogiste conchas. Te gustó el olor, contuviste la respiración para mezclar el tuyo con el suyo.

Tu destino se sirvió de mí.

Dices que hay un dios que lo decide y que su patrón está grabado en la palma de la mano.

Una quiromante no puede leer su propia mano. Te hacía falta un desconocido que colocara tu línea de vida en la pista asignada.

Contrario a la tierra es el mar. No permite miradas desde lo alto, es horizontal, parejo. Detiene los pasos y, sin embargo, es también un camino despejado.

Lo viste tranquilo, sin orilla a la vista, hasta donde el aire se confundía con el agua. Te entraron ganas de montar en él.

Habías llegado a tu punto de partida.

Lo miraste fijamente, una plancha reluciente bajo el sol. Sentías el impulso de despegarte de todo. No te esperabas la paz.

En pocos días se te habían echado encima tu padre, unos gendarmes, unos bandidos. Viste el mar, el final de las carreras.

Con el dinero de tu pelo compraste el hule para trabajar a bordo, así como el primer libro, el alfabeto italiano.

Desde la primera noche que dormimos en el barco no has vuelto a dormir en tierra firme.

Tus hijos fueron concebidos a bordo de una barcaza. Escribiste que era un amarre que podía desatarse.

Me escribiste, con la letra insegura de las primeras cartas, acerca de la licencia de buceo que habías obtenido para trabajar en la pesca de coral.

Para media hora de cosecha hacían falta horas de descompresión con las bombonas. Él permanecía a bordo. Bajabas con la linterna a la oscuridad del fondo marino siguiendo las laderas de un volcán sumergido.

Te sentías segura en el fondo del mar. Tus peligros estaban en tierra firme.

Al Mikado también se lo llama en italiano *Shanghái*, que en chino significa «por encima del mar». Debería habértelo dicho.

Siento que me estoy acercando a un punto parecido a lo que ha sido el mar para ti.

Después de nuestro encuentro de aquellos días volví a los relojes y a las acampadas. No al Mikado, que se me había escapado de las manos.

Recuerdo que me miraba las manos como si fueran las de otra persona.

Hoy todavía las miro, no la palma, el dorso: los nudillos, la red de arrugas, las uñas cortas, astilladas. Es el lado expuesto, el que protege, el que se lastima, el que empuña y escribe estas líneas.

Estoy en un lugar al aire libre donde todo es verdad. Las superficies a mi alrededor no pueden mentir. La tierra sobre la que coloco la tienda, las estacas clavadas son el cimiento que me sostiene.

Tengo más años que kilos. Los viejos deben ser ligeros.

La humanidad ha sido siempre joven, solo recientemente ha empezado a envejecer en masa. Es una época desconocida, más que la

juventud.

Ninguna experiencia previa de vejez puede servir de ejemplo.

Por la mañana paso lista, llamo a cada parte del cuerpo para que diga presente. Empiezo por los pies, termino en la nuca.

Planifico la actividad del día, la necesaria y la superflua. El fuego, el agua, la sopa y la higiene son las necesidades básicas, luego debo añadir la lectura y el juego para entrenar el pensamiento.

La duración del día es una vuelta al mundo.

Por la tarde me encuentro en las antípodas, la noche me devuelve al punto de partida.

Estoy sin reloj. Si me despierto en la oscuridad a causa de un ruido, un sueño, no necesito saber la hora. Me concentro en los latidos de mi corazón.

Resuenan lentos en invierno, me toco las carótidas para escucharlos.

Tengo un lugar entre las rocas. Lo encontré hace muchos años mientras buscaba entre los recovecos. Fue refugio de partisanos durante la guerra.

Encontré armas, una la conociste tú. Puedo encender el fuego, el humo se dispersa entre las grietas, no revela.

Es una estación de nieblas, me envuelven en una distancia más espesa.

Escribo en un cuaderno lo que ni siquiera pude decirte a ti. Me hace sonreír que alguien pueda leer su interior.

Fue el juego el que me hizo jugador, el mecanismo del balancín el que me hizo relojero, mi tiempo el que me hizo actuar en él. Estoy listo. Sin un pensamiento religioso, pertenecí de manera distinta a un todo más amplio.

Tú crees en el destino, en las señales, en el dios de las cosas. A mí me ha bastado con una explicación más pequeña. Ser un engranaje dentro de la máquina del mundo.

Pienso en mi madre. Durante los bombardeos, antes de bajar al refugio, pasaba un minuto frente al espejo peinándose para estar arreglada.

Un minuto durante un bombardeo es una enorme cantidad de tiempo para perderlo o encontrarlo. Su aspecto tenía prioridad.

Hoy sé que ese minuto de amor propio le daba valor. Resistir a la fuerza mayor con la fuerza menor del decoro.

Decía que cuando se va a pagar los impuestos hay que ponerse el mejor traje que uno tenga, no el arrugado para dar impresión de pobreza.

Para ella, la guerra era un impuesto sobre la vida de las personas. Había que presentarse con un aspecto ordenado.

Intento seguir su ejemplo.

Cuido el fuego, con las brasas que sobran enciendo el de la mañana, caliento la comida, seco la ropa.

Te cuento estas pequeñas cosas importantes. En ellas recobro una regla del Mikado: prestar atención a los movimientos más pequeños, hacerlos con intención, sin automatismos.

Lavo el cuenco sin dejar olor que pueda atraer a los animales.

Dejo fuera los posos del café para tapar un posible rastro de comida. Utilizo la ceniza para desengrasar, antes de lavar la olla.

Me entra sueño, lo apaciguo en pocos minutos.

Al despertar doy las gracias, no sé a quién, pero tengo ganas de dar las gracias.

Fuera de la grieta he oído la respiración de un oso olfateando. El olor a fuego le repugnaba. Quizá buscara el sitio de su letargo. El oso sabe cuándo es la época, yo no, así que lo troceo en momentos.

El bocado que engullo es una ofrenda al cuerpo. La primera inspiración consciente, restregarse los párpados, agua en la cara: sigo aquí. Este día también es mío.

No podría quedarme en un lugar mejor. La vejez es una acampada.

Empieza un invierno. Aquí arriba es un callo que se ha formado en la palma de la tierra. La vida que no se ha preparado no vivirá.

Pasaré días aquí dentro agotando mis víveres.

El cuerpo se endurece. Los brazos y las piernas son ramas de madera. Debe de ser por eso que al cuerpo se lo llama *tronco*.

Me he achicado, mis vértebras se han acercado, quitándome centímetros. Es una compacidad desconocida, me transforma en fibra vegetal.

Si estoy vivo en primavera, bajaré.

Un poeta sintió que la vida se dispersaba fuera de él. Le escribió a su hijo que una parte se encontraría en él y en el pueblo.

Yo, en cambio, siento que la vida se concentra en mí, como las brasas al final del fuego.

El cuaderno

Estas hojas se quedan conmigo. Si las encuentran, si acaso las lees, sabrás.

Estoy en el saco de dormir, tengo guantes que solo dejan libres las yemas de los dedos de mi mano derecha.

Debe de ser Navidad por estos días. Lo que cuenta para mí es el 21 de diciembre, cuando la luz del día realiza su giro más bajo y empieza otra vez a subir.

El invierno comienza con la lenta recuperación del sol sobre el horizonte. Es una fecha plantada más en el cuerpo que en la historia.

Te dije que había estado en Suiza. No me he dedicado solo a los relojes.

Suiza, un país neutral en medio de guerras, ha sido el cuartel general de los espías de todos los rincones del mundo. El gobierno lo toleraba con la única condición de que no hubiera ajustes de cuentas en su territorio. Para no estropear su crédito de territorio pacífico.

Esta premisa es para decirte que me reclutaron.

La profesión de relojero, empleado y luego titular de una tienda me hacía apto para la selección. No tenía que recopilar información yo mismo, sino servir de respaldo, intercambio, distribución.

Para qué agencia trabajé es obvio: mi madre era rusa, yo hablaba su idioma con ella.

Te dije que había huido de Odesa. Se lo permitieron. Mi padre nunca lo supo. Me lo dijo ella cuando llegó mi turno de atender la llamada de servicio.

En Nápoles, la ciudad base de la Sexta Flota estadounidense, mi madre trabajaba para los rusos.

El mundo de la posguerra era un fermento de luchas armadas de liberación de las potencias coloniales. Suiza fue el centro de su financiación.

Vietnamitas, cubanos, congoleños, angoleños, mozambiqueños, argentinos acudían a la tienda para negociar relojes.

Sus pueblos habían decidido todos a la vez, cada uno por su cuenta, que había llegado la hora. En efecto, había llegado. Los imperios coloniales se derrumbaron bajo sus golpes.

Haber contribuido en una mínima parte me reconforta. Pasé por ello anónimo, pero no en vano. En el gran juego del Mikado secreto, que se desarrolla sin movimientos aparentes en la superficie, yo estaba sentado a la mesa.

Aún siento simpatía por Suiza, que permitía a los espías actuar en paz. Simpatía por quienes guardan el secreto. Mi superior era un pope ortodoxo. Un sacerdote ruso exiliado del país ateo no levantaba sospechas. Con estas últimas hojas presento mi dimisión del secreto, porque esta historia te concierne.

Para las comunicaciones se utilizaba una radio de onda corta a baja frecuencia, difícil de detectar. Un sistema de rebotes de corta distancia, experimentado en la Segunda Guerra Mundial, que seguía funcionando.

Vendía relojes a clientes extranjeros y por eso me convertí también en concesionario de marcas de lujo. Permanecí en Suiza hasta 1989. Luego, la demolición de un muro en Berlín, a más de mil kilómetros de distancia, disolvió la asamblea de espías en Suiza.

Regresé a Nápoles.

Te hablé de esa mujer con la que me topé dos veces, de niña y de viuda. No había entrado en la tienda por casualidad. La habían mandado allí.

Se presentó con la excusa de vender un par de relojes. El primero era válido, se lo pagué bien, el segundo era falso y servía para escenificar su consternación. Quise creerla. Sí, fue un acto de voluntad, en contra de mi adiestrada precaución.

Su tarea era averiguar si yo continuaba con la actividad de selección y distribución de fondos para las luchas de liberación en Nápoles. Trabajaba para los norteamericanos.

Guardaba aún bien vigilado el equipo de radiotransmisión. En Nápoles no era necesario. Era ya la época de las comunicaciones verbales y personales, de volver a las viejas costumbres. La electrónica ha devuelto el espionaje a la Edad de Piedra.

Tenía la radio escondida con un sencillo sistema para percatarme

de si la habían descubierto. Ella había buscado y encontrado.

En las conversaciones me preguntaba por Suiza, con quién me veía.

Me había convertido en un jugador de *bridge*. La agencia me había pedido que me inscribiera en un determinado club. Allí se reunían diplomáticos con los que poder establecer relaciones.

El juego me interesó y me gustó. Lo estudié, como aprender un nuevo idioma. Hay muchas publicaciones, me convertí en un experto.

Me gustaba reconstruir las cartas ocultas con deducciones. Es el juego opuesto al ajedrez, donde todo es evidente, en campo abierto. Al *bridge* se juega mediante hipótesis. Para poder ganar una mano, las cartas de los adversarios han de estar dispuestas con una determinada distribución. De modo que el juego se desarrollaba basándose únicamente en esa hipótesis. Se actuaba «como si».

Con el tiempo descubrí que hacer «como si» es una regla de comportamiento. Estaba con ella como si fuera amor. Afrontaba el Mikado como si fuera un caos por resolver.

Me había vuelto muy hábil en el *bridge*. Jugaba por dinero, ganaba de forma regular. Se celebraban campeonatos, me invitaban a formar parte de un equipo. No me interesaba exponerme y sobresalir. Prefería jugar partidas por mi cuenta y ganarme simpatías que fueran útiles para la agencia.

En la mesa lograba finales de juego que dependían del conocimiento de ciertas maniobras bastante sofisticadas. El compañero con el que estaba emparejado me felicitó por la ejecución de un final que en la jerga se llama *golpe de Viena*. Negué conocerlo, diciendo que había sido por instinto o por casualidad, que son explicaciones tapadera.

Niego la habilidad por costumbre, no por modestia. Es más, quizá la soberbia tenga bastante que ver.

Los juegos de alto riesgo tienen un lado psicológico que identifica el carácter del jugador a través de detalles. Es una especie de quiromancia que lee, en lugar de la palma de la mano, las cincuenta y dos cartas de la baraja.

En los clubes de *bridge* no te topas con el tahúr con el que puedes encontrarte en el póquer. El profesional del juego no arruina su reputación con trucos, porque sabe que la habilidad constante

prevalece sobre la suerte ocasional.

El espionaje me permitió hacerme rico con los relojes y el *bridge*. Frecuentar ese círculo de gente acomodada no solo me ayudó a obtener información, sino que también me sirvió para acrecentar mi clientela.

Fueron unos rentables efectos secundarios.

Debajo de cada persona hay un doble fondo de segundas intenciones. No necesariamente turbias, pueden ser idealistas, incluso religiosas, como esforzarse por una salvación.

Te escribo estas cosas porque te atañerán más adelante.

Le dije que jugaba al *bridge* en Suiza. Me preguntaba quiénes eran los jugadores y las jugadoras. Como es natural, no me acordaba de sus nombres, solo del del club.

Un día me pilló jugando al Mikado con los ojos cerrados. Lo había hecho a propósito. Por su sorpresa me di cuenta de que no me había reconocido como el chico invitado de Ischia.

Lo recordó de repente, con un temblor de las manos en la cara.

Sí, la reconocí el día que entró en la tienda.

No se lo había dicho, ¿por qué?

Me habría gustado recibir su pregunta, su «¿por qué?», aquella primera vez en el bar de la playa, cuando me descubrió jugando al Mikado con los ojos cerrados. Entonces habría tenido una respuesta. Pero en ese momento yo no valía para ella el esfuerzo por entenderme.

A su «¿por qué?» segundo, muchos años después ya no tenía respuesta. Solo tenía un «sin más». Lo hacía sin más. Me había convertido en alguien que no respondía a ningún porqué. De crío podría haberle dicho que lo hacía para que ella consiguiera el palillo negro. Ya no podía ofrecérselo y ella no lo buscaba.

Ese día se desanimó. Nos separamos sin explicaciones. Me enteré de que vive en Estados Unidos, en la costa del Pacífico, el lugar más alejado de aquí.

Te enamoras de una chica y vuelves a encontrarla muchos años después. Tú la reconoces, ella no. Has cambiado, se te ha caído el pelo, tienes la cara hundida, sí, pero los ojos: ¿será posible que ella no

reconozca los ojos que la adoraban?

Te dices a ti mismo que eres insignificante, que había otros a tu alrededor más atractivos. Es una edad despiadada e involuntaria, la de los jóvenes.

Te dices eso para explicar el hecho de que ella no te haya reconocido.

Mientras tanto, has entrado en el servicio y sabes que las coincidencias no existen. Ella no había entrado en una relojería cualquiera, sino en la tuya. Ella había ido a atraparte. Es del servicio contrario.

Dejas que suceda, porque haces las cosas sin más, y también porque fue ella quien te invitó a jugar al Mikado.

No estás seguro: ¿de verdad no te reconoció? ¿De verdad solo se acordó de ti cuando te vio jugando solo en casa, como aquella vez en el bar de la playa?

El entrenamiento no cubre la vida anterior, no estropea el tiempo precedente. Que era tuyo, sin nada que distorsionar.

En esos momentos te tuteas a ti mismo, te diriges al de antes y le preguntas si todo fue un truco, una fachada.

El tú que eras, a quien le preguntas, no te contesta.

Érase una vez aquel tú, estaba allí esa vez y se quedó ahí aturdido, enamorado en vano.

Aquello en lo que te conviertes después no puede apartarlo de esa semana de agosto. Ningún abrazo posterior con ella podrá compensarlo. Fue un chico durante una semana de su vida únicamente.

Es tu santidad, tu exactitud, ese chico aprendiz de relojero, hijo de una madre viuda que le ocultó todo.

Vivir fue descubrir lo no dicho sobre ella, el porqué de nada de fotografías.

«No te harás imagen alguna»: era válido para aquella divinidad, ¿por qué también para nosotros?

Los álbumes de fotos los descubrí más tarde en las casas de los demás. Me parecieron divertidos y preciosos.

¿Poco, una sola semana en la vida? Podría faltar por completo, dejándome sin saber qué le ocurre a un chico. Me habría conformado.

No me habría dado cuenta de que faltaba, ni siquiera viendo que

mientras tanto algo les estaba pasando a otros de mi edad.

¿Y si no me hubiera encontrado con esa chica? Me habría conformado.

¿Y si no hubiera conocido el juego del Mikado? Me habría conformado. ¿Si no me hubieran reclutado? Me habría conformado con más razón.

Podría haberme perdido todo lo que me ha pasado. Queda de todas formas un impulso que nos catapulta hacia delante con cada despertar. Este empujón es suficiente.

Por eso doy por inmensa esa semana.

Es inmenso en las montañas el cielo nocturno en el que bullen las estrellas. Alguna podría no estar y quién sabe cuántas faltan, pero ese cielo se conforma igual que yo, que lo miro.

Llegó sin más, se fue sin más, mi tiempo fue el entretanto que separa esos dos sin más.

Las vidas de los espías son literarias porque tienen que inventarse identidades y biografías. Deben hacer creíble su relato, sin permitir al interlocutor la hipótesis de la duda. Como ocurre con quien escribe cuentos, el lector debe suspender la incredulidad.

Estoy dispuesto por naturaleza a creer en las historias. Me permite identificarme con quien tengo delante. Evito la agotadora desconfianza. Creo hasta que se demuestra lo contrario. Luego retiro el crédito otorgado y termino la relación, del mismo modo que dejo caer un libro que me suena falso por una trama demasiado estudiada o incongruente.

Me sucede a mí como lector que la mano del escritor yerre el gesto y mueva los palos del Mikado en delicado equilibrio entre sí. Ese error interrumpe el entendimiento en el juego entre quien lee y quien escribe.

La vida de los espías debe suscitar esa forma de crédito que otorga el lector de un libro. Mi vida entre los demás, incluida tú, ha estado dedicada a este efecto.

No sé si tenía predisposición. Lo que tenía sin duda era el deseo de pasar desapercibido.

Recuerdo un día al comienzo del curso escolar. Entro en clase con los demás y tengo que elegir rápidamente mi pupitre. Veo un cristal

roto en la ventana, sé que no lo van a reparar, busco otro lugar apartado, pero mis compañeros, más avispados, han ocupado mientras tanto todos los pupitres, dejándome solo el de la primera fila, frente al escritorio del profesor.

Acabé dándome cuenta de que era el más escondido. Desde su silla sobre la tarima la mirada del profesor se salta la primera fila. Lleva gafas. Para fijarse en mí se las tiene que quitar. El círculo de las lentes le restringe la visión por debajo. Fue la primera lección que aprendí sobre cómo volverse invisible.

No me ofrecía con la respuesta lista cuando un compañero no la recordaba. Quise ser anónimo en una época de deseosos de notoriedad. Se apiñaban para salir a la palestra. Quedaba espacio a mi alrededor, nadie presionaba para permanecer en el anonimato.

Mi esfuerzo no estribaba en que me olvidaran, sino en no ser percibido.

Excepto las que aparecen en los documentos, no hay fotografías mías. Mi madre no me sacó nunca ninguna.

Estudié Latín y Griego en el bachillerato. Las gramáticas son relojes, formados por muchas piezas que funcionan juntas. De manera que me gustaron esas lenguas, pero ninguno de sus autores. Lo hermoso, para mí, era su mecanismo, no la marca de fábrica de los individuos que había que estudiar.

La única excepción: Epicuro, y, de él, una sola frase: vive escondido. Me atañía. Epicuro había escrito la fórmula de mi vida.

Con el tiempo, *epicúreo* ha adquirido el significado de alguien que disfruta de la vida sin preocupaciones. El camino de Epicuro implicaba en cambio, una disciplina rigurosa, no una celebración.

He vivido escondido a causa de mi temperamento. De lo contrario, habría sido demasiado débil para imponérmelo.

En Nápoles circulaba, quién sabe si se dice todavía, el consejo de vivir escondido incluso del Padre Eterno. *Campare annascuso di Dio*. Me encaja el verbo *campare* en lugar de *vivir*: he vivido acampado en una tienda, un poco gitano yo también. Es justo en mi caso morir también en una tienda de campaña.

Te he dicho que soy de Nápoles. Hablo un italiano neutro, sin acento, pero conmigo mismo uso el napolitano.

Con mi madre hablaba ruso con la cantilena de Odesa, solo con ella. Nunca más lo he practicado ni he aprendido a leerlo. Me sé de memoria versos de Pushkin, a ella le gustaban, pero no puedo encontrarlos en una página.

Hace falta un idioma en el que refugiarse. El mío es el napolitano, pocas sílabas bastan para calmarme.

Ponerse a salvo se dice en esos lares encontrar *arricietto*. Todo lo que necesito es una expresión, el verso de una canción, y estoy a salvo.

Tuve tratos con el espionaje norteamericano. En Suiza ellos también jugaban bien al *bridge*. A su manera, practicaban las reglas del Mikado.

Para ellos, el lugar más difícil, pero también el más útil para llevar a cabo actividades de espionaje era Moscú.

Hubo científicos y funcionarios rusos que ofrecían información a los estadounidenses por dinero o por ideas políticas. Pero la vigilancia de sus movimientos era asfixiante.

Durante los años setenta y ochenta desarrollaron un sistema de trucos y disimulos al que denominaron *las reglas de Moscú*.

Los espías estadounidenses habían sido adiestrados por escenógrafos de Hollywood para disfrazarse e incluso por famosos ilusionistas y prestidigitadores.

Lograron obtener información decisiva que comprometió el sistema militar ruso.

Sin embargo, sus principales colaboradores fueron descubiertos y fusilados. Uno logró envenenarse con una cápsula de cianuro en la boca en el momento de su detención.

Los rusos tenían sus propios infiltrados en Washington.

Moverse por Moscú, conseguir reunirse con sus informadores, significaba, como dice una célebre estratagema, surcar el mar sin que el cielo lo sepa. Ellos lo lograron.

Las célebres *Moscow Rules*, las reglas inventadas por el espionaje estadounidense para operar en Moscú, son una copia de las del Mikado.

Te cuento estas cosas porque nada en aquel servicio era un juego, aunque sus reglas provengan de ingeniosos pasatiempos.

Un lugar parecido a Moscú, donde el espionaje resulta difícil, es Nápoles, una ciudad donde todos lo saben todo de los demás.

Puede verse en las calles, cada uno se ocupa de sus propios asuntos mientras no deja de controlar lo que se mueve a su alrededor. Al ciudadano ni siquiera se le escapa lo que sucede detrás de él, acostumbrado a una tensión constante. No deja que nada lo sorprenda.

Mi madre tenía que demostrar continuamente quién era: una rusa huida por amor que enseñaba ruso a los miembros del Partido Comunista. Tenía al corriente al servicio de la fiabilidad de los militantes.

Durante sus paseos conmigo registraba los movimientos de los barcos de la Sexta Flota norteamericana, bajo la mirada de quienes observaban que no era bueno para el pequeñín, yo, salir a caminar en el frío del viento del norte.

Lograba colarse en algunas recepciones en la base de la OTAN de Bagnoli, ayudada por la propia ciudad, que comerciaba clandestinamente con la abundancia de los depósitos estadounidenses. Como tapadera, vendía pantalones vaqueros que sacaba a escondidas.

En Moscú, el servicio tenía un ejército de agregados para vigilar a los extranjeros en las embajadas. Aún más en Nápoles, cada ciudadano estaba predispuesto a controlar a las personas y los movimientos.

Nos interrogaban constantemente en el mercado, en las tiendas, en el transporte público.

Cómo está, adónde va esta mañana, cómo está su hijo, su marido, qué le hace falta, puedo ayudarle, y luego la avalancha de historias ajenas que había que oír. Esa cordialidad entrometida no admitía resistencia. Cualquiera que no respondiera quedaba aislado como un apestado.

Mantener la propia fachada bajo esa presión era una severa escuela de custodia del propio doble fondo.

Conseguir pasar por un inofensivo inquilino ante los ojos del portero de un edificio napolitano equivalía a una licenciatura en disimulo. Supervisaban horarios, costumbres, cartas, bolsas de la compra con la habitual cortesía de interés, que no admitía réplicas.

Todo tenía que producirse durante las horas del día. Los movimientos nocturnos estaban sometidos a un más estricto escrutinio: así que un invitado a cenar, qué le preparó usted, conque es un profesor, de qué da clases, dónde, vive lejos, se prolongó la

velada.

Tenía que saberlo todo y recordarlo todo. No era posible modificar accidentalmente la versión dada la vez anterior.

En el habla local, el verbo *spiare* significa simplemente «preguntar». Ve a preguntárselo se dice *vancéll' a spía'*. El verbo es inofensivo, el nombre en cambio no: «espía» se dice *spione*, con la «sh», *shpiòne*.

Quién iba a suponer que en ruso se dice *shpiòn*, igualito que en napolitano.

Uno de Nápoles espía para los rusos que tienen en ruso la misma palabra que se usa en Nápoles. Tú lo llamarías *destino*, yo no, porque en Nápoles no existe. Lo llaman *casualidad* y sacan números para jugar a la primitiva.

Nápoles empezó a convertirse en una ciudad menos obsesiva con el despido de los porteros y la llegada de los telefonillos.

El espionaje en Suiza han sido unas vacaciones, después de haber sido aprendiz en Nápoles.

Roma, en cambio, es todo lo contrario. Uno vive en un barrio desde hace veinte años y nadie sabe nada de él ni le importa.

El ciudadano está acostumbrado desde hace siglos al flujo de extranjeros de paso y les hace caso omiso con indiferencia natural.

El espionaje en Roma es tan fácil como inútil. Aunque es la sede de embajadas dobles, incluida la del Vaticano, no tiene ninguna importancia estratégica para el servicio.

Roma está concentrada en los tejemanejes en torno a ministerios y edificios gubernamentales, en complots, zancadillas, asuntos perfectamente locales. En lugar de infiltrar agentes, resulta más práctico que el servicio financie a los exponentes políticos locales.

Te cuento estas cosas porque nada de ese servicio era un juego, aunque sus reglas provienen del ingenio de algunos pasatiempos.

Y llegamos por fin a nosotros dos.

Me encontraste de noche en la zona fronteriza. Por lo que he escrito hasta ahora te habrás dado cuenta de que no estaba allí de acampada. Recibía visitas, mensajes. Estaba de servicio.

Nunca llegan a despedirte. Reclutaba entre los prófugos.

Los hombres y las mujeres de esos viajes en contra de obstáculos y peligros ya han sido seleccionados de forma natural por las

condiciones más severas. A cambio de apoyo y ayuda, están dispuestos a ofrecerse a otra clase de desbarajuste.

Estaba en la montaña reclutando y seleccionando. Una regla del Mikado dice que se debe actuar sin mover nada.

En esta larga actividad de servicio he visto desaparecer a muchas personas.

En el Mikado, cuando el jugador comete un error, cede el turno. En el espionaje, a quien mueve el palillo se le suprime.

Hice algo por ti que implicaba mi supresión. Me negué a reclutarte.

Ese primer carné tuyo: me lo proporcionaron ellos. Cuando seleccionaba a un o una candidata, empezaba el proceso.

De hecho, afecta al resto de la vida, el espionaje opera a largo plazo.

Eras perfecta. La ruptura con tus orígenes, tu conocimiento de idiomas, tu percepción por encima de lo normal: tenías las dotes ideales.

Me interpuse en el camino. Podrían haberme suprimido.

Ya había elegido y reclutado a otros, reunidos en la tienda con la que se topaban en sus travesías. Seleccionar prófugos: tienen desesperaciones diferentes, afiliaciones familiares y religiosas insuperables.
Pueden fingir estar dispuestos a unirse o ser agentes enviados con la misión de infiltrarse. Deben ser puestos a prueba. Tienen que demostrar carácter. Necesitamos someterlos a sorpresas.

Cuando entraste en la tienda esa noche pensé como siempre en la posibilidad de reclutarte.

Entonces, por primera vez, comprendí que eras alguien a quien había que dejar en paz con su vida. Lo entendí con la llegada de tu padre. Lo habría matado para que no te tocara. Me habría visto enredado con un cuerpo del que deshacerme y con un testigo peligroso.

¿Por qué me entrometía? Te habría defendido y nada más, sin la razón del reclutamiento. Lo habría hecho sin más, sin un porqué.

No hay un solo porqué en el mundo que pueda sostenerse.

La guerra: ocurre por uno y por otro motivo. Pero luego, cuando se nos echa encima y vemos a nuestro alrededor destrucción, campos

de concentración, fosas comunes, deportaciones: ningún porqué se sostiene, está a la altura de justificar.

La guerra aniquila, devora y, una vez en marcha, no necesita causa alguna.

¿Qué importa quién haya provocado el desprendimiento de una avalancha mientras tú estás rodando en ella?

Por eso te digo que no te dejes consolar con los porqués de lo hecho y lo deshecho. Lo que nos ocurrió a nosotros dos no rinde cuentas a ningún porqué.

No me preguntaste por qué me había arriesgado a interponerme entre vosotros. No habría sabido contestarte. Después de haber hecho eso sin más, reconstruí una razón, desconocida para mí mismo.

Te llevo de vuelta a esos momentos de entonces para ponerte al corriente de los hechos que te atañen. ¿Te acuerdas de las setas que obligan a contar secretos? Les pasé la información y obtuvieron de alguien de tu gente el nombre de la especie, el lugar de recolección y la preparación.

No he conocido ni antes ni después de ti a una persona más cualificada para entrar en el servicio.

Me leíste el pensamiento sobre algo que me estaba pasando por primera vez. Me encontré expuesto y me inventé lo del movimiento equivocado en el juego.

Ya había cometido errores de maniobra con los palillos.

Así pude inventar el gesto de regalártelos para distraerte de tu intuición.

La Fundación Mikado también forma parte del servicio. Ayudamos a personas que puedan estar involucradas. Para ellos se buscan empleos modestos, pero en sectores estratégicos. Un encargado de la limpieza vale más que un ingeniero. Tiene acceso a salas reservadas, en su presencia pueden tener lugar conversaciones que no le prestan atención y que él puede grabar.

La fundación está al corriente de ti, de tu extraña excepción. Cualquier cosa que te ofrezcan y te pidan, tienes derecho a decir que no.

He sido un peón en el torbellino de los grandes acontecimientos, una de esas piezas anónimas del tablero de ajedrez que solo pueden

moverse hacia delante.

Me bastaba para justificar mi existencia. Contigo, en cambio, me desvié de la pista obligatoria. Me importaba una persona, una que se distinguía de todas las demás.

He proporcionado un destino a los prófugos. De ellos, por regla general, no volvía a saber nada. Eran aptos, tú más que ellos, pero debías seguir tu propio destino.

Tuve una época partida en dos mitades, dos caras del mundo. Vivir en una o en la otra. Pero tú, que te habías arrancado de encima la pertenencia, tú debías consistir en ti misma.

Antes de conocerte no había posibilidad de salir ilesos del siglo tragafuegos. Para mí, fuiste tú la excepción por la que afrontar la supresión.

En el curso de los años y en los encuentros posteriores en las montañas, seguí reclutando, poniendo a prueba a aquellos que ya habían demostrado dotes de supervivencia.

Esos dos que llegaron a la tienda de noche: eran parte de una prueba para verificar tu reacción. El tiro que disparé al pie era de fogueo. Reaccionaste a la perfección.

En cambio, esos dos de la velada en la taberna de Grado no tuvieron nada que ver con las pruebas. Te molestaron, fueron suprimidos.

El pescador que te acogió a bordo era del servicio. Su tarea consistía en distintas formas de adiestramiento. De estas, el entrenamiento submarino iba a convertirte en una agente operativa en el campo del sabotaje.

Las cosas se enredaron cuando su hijo militar se enamoró de ti y te pidió que te casaras con él.

El servicio nos consultó a nosotros, a su padre y a mí. Apoyé la idea de la boda. Era una oportunidad para obstaculizar el plan de tu reclutamiento. Argumenté que el matrimonio con un militar de la OTAN era una tapadera perfecta.

Estaba tratando de ganar tiempo y de hacérselo perder a ellos.

Mientras trabajabas bajo el agua, en el barco se producían contactos y maniobras. No te viste involucrada. La desgracia que te dejó viuda fue el punto crítico. Te tocaba pasar a ser operativa y a tus hijos ser entregados en adopción.

Me opuse, una insubordinación inconcebible.

Mi historial de servicio era impecable, pero eso no significa nada. A causa de una regla que no me entretendré en explicarte, hacía falta mi consenso para tu reclutamiento.

Me opuse y dije que me despediría. Sabía que para un espía eso es imposible. Equivalía a que me suprimieran. Nadie abandona el servicio.

Se produjo la reunión. El funcionario llegó a la tienda, vestido de cazador y con un rifle. Nos sentamos uno frente al otro. Tenía unos cuarenta años, se encargaba de las supresiones.

Lo conocía bien.

No dijimos una sola palabra. La regla era nada de voces, nada que discutir. Nos miramos a la cara.

Sabía que yo estaba armado, pero su rifle estaba listo y me apuntaba.

Quien haya sido agente operativo no tiende lazos con ningún otro miembro del servicio. Ambos sabemos que un día uno puede recibir el encargo de suprimir al otro.

Aunque nos tomemos una cerveza juntos sabemos que puede ser una mera tapadera antes de ser eliminados.

No podía permitir que eso te ocurriera a ti, mi única excepción. Y que un día tú también recibieras una orden de supresión.

No lo quise.

Hacía poco que había cumplido setenta años. Era de justicia acabar así y de esa manera. Preparé té, lo bebimos sin apartar la mirada uno del otro.

Aguardó a que le hiciera la señal del sí, la señal de tu reclutamiento. No lo hice.

Se puso de pie y se limitó a decir: «Lo haré presente». No tenía la orden de suprimirme.

Nunca volvió. Siguieron contando conmigo de todos modos, renunciando a ti. Nunca había sucedido.

Poco después dieron de baja a tu suegro, su muerte en el mar fue una supresión. Estaba demasiado involucrado.

Esa noche que encontraste mi tienda se puso en marcha la cadena que debía soldarte a una red.

Sacarte de ella fue la excepción más exclusiva.

A eso me refería cuando te escribí acerca de la arriesgada tarea de la responsabilidad.

Una vez me escribiste que te había cambiado la vida. Yo no lo veo de esa manera. Un encuentro puede servir de detonante, pero es la vida la que cambia a las personas, no al revés.

Ni siquiera al final ceja su voluntad de transformación. Esta vejez es una renovación. Vuelvo a ser un organismo, un mecanismo biológico, como en el útero.

No creo en ningún sentido de la existencia, pero reconozco su simetría. En esta cueva que me acoge he vuelto a entrar en la placenta que me expulsó.

De toda esta historia no encontrarás un solo asidero para demostrar que es cierta. No se dejan pruebas ni testigos en el espionaje que he conocido.

Puedes tomar estas páginas como otro lanzamiento de palillos de colores.

Puedes tomarlas por rematadamente ciertas.

En ese caso debes saber que hice por ti lo que no pude hacer por la muchacha aquel verano: protegerla.

En la partida doble del debe y el haber las pérdidas son mayoritarias. Pero ofrecer refugio, aunque solo sea una vez, equilibra misteriosamente el déficit.

Al menos eso es lo que creo, y así concluyo.

Otra carta

Estimado maestro del Mikado:

He recibido tu cuaderno. Me lo han traído. Ahora estás enterrado en la cueva donde estabas invernando.

Debes de haber muerto mientras dormías, tenías víveres a mano.

Te escribo, no es extraño. Creo en una continuación de la vida cada vez que se menciona a la persona ausente.

Mientras te escribo, estás aquí delante de mí.

Has entendido quién me trajo tu cuaderno. Así que ahora lo sabes. Me reclutaron.

Vinieron a verme, me dijeron quién eras tú, quién era ese relojero tranquilo que acampaba en la montaña incluso en invierno.

Dijeron que te habías negado a entregarme al servicio. Por este motivo se disponían a suprimirte.

Eran dos, dos mujeres. Si hubieran sido hombres los habría echado a patadas.

Dos mujeres: me invitaron a salir con ellas a dar un paseo, tenían que hablarme de ti. No podía imaginarme qué clase de tareas habías realizado.

Me dijeron que eras uno de los mejores por tu dedicación al servicio. Pero ahora estabas a punto de ser suprimido.

Tuve que sentarme en un banco, entre las dos.

Me cogieron de las manos, las sostuvieron entre las suyas como quien consuela un duelo. No podían obligarme, pero si me enrolaba seguirías con ellos.

Me explicaron mi tarea. Tendría que perfeccionarme en un campo de entrenamiento. Repliqué que no podía abandonar a mis hijos.

Me tranquilizaron, eran una buena tapadera, siempre y cuando no estuvieran al corriente. Me enrolé y te mantuve con vida.

Así pude cuadrar las cuentas contigo.

Solo puede hacerse a cambio de la propia vida.

La regla del Mikado es actuar con un único propósito sin rozar los demás.

Soy miembro del servicio desde hace muchos años.

Han usado incluso mi habilidad para entrenar al oso y al cuervo. Estoy en contrainteligencia, detecto espías.

Ahora sabría reconocer a uno en un relojero napolitano. Lo que querías ahorrarme lo he afrontado.

He hecho carrera, ahora recluto yo.

No me ha hecho falta un lenguaje privado en el que refugiarme como tú. El romaní de los gitanos me habría mantenido atada a ellos. Nunca volví a decir una sola palabra de ese idioma, ni siquiera en sueños. No dejé que los niños lo oyeran.

Pasé de una pertenencia a otra sin llevar nada conmigo que no cupiera en un bolsillo, como la noche en la que entré en tu tienda y en tu vida.

Para separarme anulé la lengua de mis padres, me la arranqué de la boca.

Los mejores de nosotros en el servicio somos los que nos hemos amputado nuestros orígenes. No supone una novedad, se lo pedía Jesús a quienes lo seguían.

Una vez en Moscú descubrí el encuentro entre un espía estadounidense y un informador ruso. En un vagón del metro había un hombre vestido con ropas georgianas que olía ligeramente a loción para después del afeitado extranjera.

En esa época, durante el verano, los georgianos iban a Moscú para vender naranjas y telas.

Seguí al hombre, cambiándome de ropa y de peluca un par de veces. Llevaba un recambio rápido para un seguimiento veraniego. Fotografié el encuentro que tuvieron en un parque.

Interrumpí así un canal de comunicación a través del cual los estadounidenses obtenían información militar de enorme importancia. La utilizaban en las conversaciones para el tratado Salt II, el de reducción mutua de arsenales nucleares.

Los estadounidenses descubrieron a través de un informador que nuestro servicio enviaba fuertes campos eléctricos de perturbación contra su embajada. De modo que revistieron las paredes con papel

metálico y aplicaron una malla de alambre metálico a las ventanas. Transformaron el edificio en una jaula de Faraday en la que el interior está aislado de los rayos, como les ocurre a los aviones en vuelo.

Entre nosotros y ellos se sucedían movimientos destinados a obstaculizar al otro, más que a prevalecer. La llamaron *guerra fría*, pero ninguna guerra lo es. Era más bien el arte de obstaculizar.

Cuando descubríamos a uno de sus agregados en actos flagrantes de espionaje no podíamos encarcelarlo, solo podíamos expulsarlo al día siguiente. Lo reemplazaban y empezábamos de nuevo.

Lo mismo ocurría con nuestra gente en Washington. No puede llamársele guerra a esas escaramuzas.

Otra vez en una plaza, vestida de gitana, me dedicaba a leer las manos. Me estaba haciendo pasar por mi antiguo yo, un papel que tuve que aprender de nuevo.

Una vez me dijiste que los pliegues de la palma se parecen al montoncito de palillos del Mikado. No recuerdo lo que te contesté. En Moscú, retomando esa práctica, volví a pensar en ello. Los clientes que hacían cola eran también palillos que tomar uno por uno.

Para adaptarme al papel usé una peluca de pelo largo. Después de ese primer corte nunca me lo dejé crecer.

La gente venía a preguntar.

La profesión estaba prohibida, no podían pagarme, pero se permitían regalos, vodka, *kvas* y cigarrillos.

Llegó un estadounidense, uno del servicio de guardia, de permiso. Siempre los seguían, y ellos eran conscientes. Hizo la cola y luego se sentó para que le leyera.

Sacó su billetera para pagarme y en ese momento intervino la seguridad. Fingí un pequeño escándalo, me resistí y me llevaron detenida. A él no podían hacerle nada.

Permanecí encerrada en la oficina algún tiempo, luego volví a la plaza para leer las manos.

Estábamos tratando de enganchar a ese soldado que tal vez pudiera sentirse culpable por mi arresto. Regresó con una botella de vodka. Lo habíamos enganchado.

Inventábamos escenas, historias de este tipo para conseguir un contacto.

Tuve una relación con él, quería llevarme a Estados Unidos. Me

hablaba de su familia. Cuando se abren a los afectos, acaban abriéndose a lo demás.

En las habitaciones reservadas para ellos, los extranjeros están en guardia ante posibles acercamientos, tanto masculinos como femeninos. Por lo tanto, es necesario inventar circunstancias externas e informales.

Los estadounidenses en Moscú utilizaron escenógrafos para encubrir sus hechos. Nosotros utilizamos guionistas de cine, inventores de situaciones insospechadas.

Sé lo que estás a punto de decirme: estoy usando otra vez el nosotros. Sí, he pasado a otra pertenencia.

Me llevó mucho tiempo volver a pronunciar el nosotros. Hasta que un día, distraídamente, se presenta y lo cambia todo.

Le sucede al prisionero. Al cabo de cierto número de años no es raro que acabe diciendo: mi celda. Llega al posesivo en el lugar donde no se posee nada.

Algo así ha sido para mí el servicio. Durante años, un apremio del exterior, luego el repentino nosotros que me ha entrado dentro.

Durante los años de Moscú, mis hijos sabían que estaba siguiendo una expedición oceánica, gracias a mi licencia de buceo de profundidad.

Nos veíamos una vez al año por Navidad, en Grado. Estaban embarcados en naves de crucero. El mar me ha servido mucho y tú me lo presentaste.

Tenías razón cuando escribiste en el cuaderno que yo era perfecta para el servicio. Fuiste un gran reclutador. Lo sé ahora que hago el mismo trabajo que tú.

Ironías de la vida: quisiste renunciar a tu mejor selección para salvarme. Y yo me enrolé para salvarte a ti. Nuestros opuestos objetivos me orientaron al final hacia la profesión más adecuada.

Si ha habido un director por encima de nosotros, ha jugado con nosotros como con marionetas. Pero he dejado de llamar *destino* a tales acontecimientos. Tienes razón al llamar a estas vidas nuestras con el nombre de Mikado.

Fueron elecciones inevitables, las tuyas y las mías. Negarse a hacerlo habría envenenado el resto de la vida.

Si no hubiera entrado en la tienda. Si hubiera tenido un resfriado esa noche que me hubiese impedido seguir un olor.

Tenía frío, pero no habría muerto. Habría corrido hasta la mañana para no congelarme.

Lo hacía enfurecida y perseguida. Podríamos haberlo solucionado entre nosotros, sin ti, mi padre y yo. Y en cambio.

Así llamo yo a la historia de nuestro encuentro y su continuación: y en cambio.

Así debe ser para cada historia: la continua interferencia del en cambio.

Escribes que no sabes para qué has servido, que te bastaba con ser un engranaje. No lo creo. Fuiste parte de un nosotros, de esta superación del yo y de sus límites. Y gobernamos los resultados. Hemos sido causas y hemos determinado efectos.

Toda tu experiencia ha estado consagrada al servicio, pero te consideras un solitario que puede llevar su contabilidad aparte. Quizá tu época te permitiera este individualismo. Tu profesión de relojero te sugirió la figura del engranaje y te hizo perder la visión de este laboratorio nuestro de la historia.

Es bueno que me toque la última palabra sobre ti. A nadie le corresponde decir: «yo fui esto». Lo deciden en cambio los que vienen después.

Te asignamos el papel de guía, un ejemplo de entrega. La escuela de espías lleva tu nombre.

Gracias por haber venido frente a estas páginas esta noche.

Ya puedes regresar a la tienda suspendida en el bosque de nuestro primer encuentro.

Gracias a Mario Fortunati, relojero.

Las reglas del Mikado
Erri De Luca

Título original: *Le regole dello Shangai*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
de la fotografía de la portada, © Roland Magnusson y © Humpalova Zuzana / Alamy / ACI

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-322-4379-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

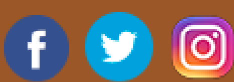
  

Table of Contents